

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

¡primer premio: muerte!

CLARK CARRADOS



Temblando de miedo, pero decida a llegar hasta el fin, Moira Hool se detuvo a unos cincuenta metros de la casa sumida en la oscuridad. Sí, aquélla era la casa que se indicaba en las instrucciones recibidas días antes.

Con la mano izquierda, apretó la carta que la había llevado hasta aquellos parajes. Moira se la sabía de memoria.

«Usted tiene una cuenta que saldar con el todopoderoso Tomlinson W. Ackers —decía la misiva—. Si realmente desea vengarse de ese miserable, acuda a la dirección señalada en el plano adjunto, el día 22 a las once en punto de la noche. Se le recomienda el máximo de discreción».



Clark Carrados

¡Primer premio: muerte!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1361

ePub r1.0

Lds 09.10.18

Título original: *¡Primer premio: muerte!*

Clark Carrados, 1976

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Temblando de miedo, pero decida a llegar hasta el fin, Moira Hool se detuvo a unos cincuenta metros de la casa sumida en la oscuridad. Sí, aquélla era la casa que se indicaba en las instrucciones recibidas días antes.

Con la mano izquierda, apretó la carta que la había llevado hasta aquellos parajes. Moira se la sabía de memoria.

«Usted tiene una cuenta que saldar con el todopoderoso Tomlinson W. Ackers —decía la misiva—. Si realmente desea vengarse de ese miserable, acuda a la dirección señalada en el plano adjunto, el día 22 a las once en punto de la noche. Se le recomienda el máximo de discreción».

Moira se preguntó si realmente valía la pena acudir a un lugar que le resultaba por completo desconocido. Pero todavía sentía en su carne el ultraje recibido meses antes de Ackers. Sí, deseaba vengarse de aquel miserable que había cometido con ella el más repugnante de los atropellos que podía sufrir una mujer.

Precisamente, la víspera había visto a Ackers. El sujeto había pasada por su lado, sin concederle siquiera una mirada, altivo, seguro de sí mismo y de la impunidad que le proporcionaba su enorme fortuna y su elevada posición. Moira había sentido unos vivísimos deseos de escupirle a la cara, aunque, por fortuna, había logrado mantener la serenidad suficiente para no provocar un incidente en plena vía pública.

Acaso, de haber llevado un arma, le hubiese atacado..., aunque ahora pensaba que nunca se hubiera atrevido. Y, sin embargo, ahora estaba allí, como respuesta a la misteriosa carta sin firma y dispuesta a hacer lo que fuese para vengarse de Ackers.

El coche había quedado a un cuarto de kilómetro, en un lugar

discreto, según recomendaban las instrucciones. Moira continuó su camino y llegó a la casa, cuya puerta estaba situada bajo una pequeña marquesina, sustentada por dos columnas de piedra artificial, muy sencillas.

Al tocar el timbre de llamada, una luz se encendió sobre el dintel y osciló varias veces seguidas: ENTRE... ENTRE... ENTRE...

Moira empujó la puerta y se encontró en un vestíbulo de forma cuadrada, todo él forrado por cortinajes negros. Una sola lámpara, pendiente del techo, proporcionaba la suficiente iluminación para ver todo con el mayor detalle.

A su derecha y sostenido por un pequeño caballete, vio un cajón de madera, abierto, dividido en dos compartimientos. En posición vertical y sobre la parte posterior del cajón, había un cartel, hecho a mano, con grandes caracteres que imitaban los tipos de imprenta:

«Póngase una capucha. Si no trae ya las manos enguantadas, use un par de guantes de goma, de los que tiene a la vista. Luego siga andando, rectamente, en dirección diametralmente opuesta a la puerta. No hable, no diga nada, no haga ruido, vea lo que vea. Y no tema, nadie le causará el menor daño».

A Moira le parecía estar interpretando una película de misterio. Ahora ya no se trataba de una venganza, sino de la más irrefrenable curiosidad.

Por supuesto, llevaba las manos cubiertas por unos finos guantes de piel negra, que ella había estimado completaban su atavío, sencillo y discreto, pero elegante. Tomó una de las capuchas, amplia y holgada, y se la puso. La prenda tenía dos aberturas para los ojos, aunque no para la boca. Sin embargo, a partir de la barbilla, la capucha era de gasa negra, la cual, aunque espesa, permitía respirar sin dificultades.

Avanzó hacia las cortinas del fondo y las apartó con una mano. Entonces se halló en una amplia sala, con una gran mesa de forma alargada, sentadas a la cual había varias personas, hombres y mujeres, pero todos ellos encapuchados y enguantados. Delante de cada uno de los presentes, sobre la mesa, había una cartulina del

tamaño de un naipe, con un número en rojo.

—Ah —dijo alguien—, creo que ya ha llegado el último de los convocadas. Siéntese, señora, por favor. Tiene usted el número cinco —añadió.

Moirá se dio cuenta que el que había hablado parecía presidir la reunión, en la cabecera de la mesa. Naturalmente, su naipe tenía el número uno.

Quedaba una silla libre, al final de la mesa y a la derecha, con respecto al presidente. Moira, roja de vergüenza bajo la capucha, tomó asiento.

Había varias mujeres, pudo advertir. Al igual que los hombres, ellas vestían de forma discreta. Por los contornos del busto, Moira se percató de que una o dos de ellas andaban ya en los linderos de la madurez. Pero ¿todos los presentes tenían motivos para vengarse de Ackers?, se preguntó.

De pronto, el presidente movió ligeramente una mano:

—Señoras y caballeros, gracias por haber acudido a mi convocatoria —dijo, con voz un tanto chillona—. Y puesto que los convocados están todos presentes, pasemos a hacer público el motivo de la reunión. Simplemente se trata de asesinar a Tomlinson W. Ackers, con quien todos, de un modo u otro, tenemos una cuenta pendiente.

* * *

Las palabras del Número 1 causaron un enorme asombro entre todos los congregados. Durante unos segundos, reinó un profundo silencio.

Luego sonó una risita:

—¿Qué sucede? —continuó el Número 1—. ¿Acaso no es cierto que todos tenemos algún motivo contra Ackers? ¿Es que hay aquí alguna persona que no odie y desee la muerte de ese repugnante individuo?

—Bueno, sí —dijo el Número 6, un hombre gordo y bajo, a juzgar por su apariencia—, todas tenemos algo que decir a ese canalla, pero de ahí a matarle... Creo que es algo muy fuerte, señor.

La Número 9, una mujer, joven y esbelta, levantó su mano.

—Número Uno, ¿cómo sabe que tenemos una cuenta pendiente

con Ackers? —preguntó.

Sonó una risita.

—Señora, en estos momentos yo no la conozco a usted. Hay nada menos que seis mujeres en la reunión y, aunque yo fui el autor de las cartas que les han traído aquí, y por consiguiente conocía su identidad, ahora no sé cuál de las seis mujeres es usted. Ni me preocupa, por otra parte. Pero si quiere sentirse tranquila, le diré que esta elección ha sido hecha un tanto al azar. Si vamos a ser sinceros, tendremos que decir que todos los que tienen una cuenta pendiente con Ackers y desearían quemarlo vivo, no cabrían en un estadio.

Alguien rió fuertemente.

Era el Número 4, un hombre.

—En eso tiene usted razón, amigo mío —dijo—. No hay ninguno de nosotros que no desee ver a Ackers en lo más profundo del infierno. Pero los deseos no deben contundirse con la realidad.

—Cierto —contestó sin pestañear el Número 1—. Los deseos no deben confundirse con la realidad..., pero pueden hacerse realidad.

—¿Cómo? —inquirió la Número 3—. ¿Acaso contratando un asesino profesional?

—Eso cuesta dinero —dijo la Número 11— y yo, aunque odio a Ackers, no tengo el menor deseo de gastarme un solo centavo en este asunto.

—Nadie se gastará un centavo en este asunto, señora —dijo pausadamente el Número 1—. Pero usted se alegraría de conocer la noticia de la muerte de Ackers.

—Hombre, le diré... No me quitaría el sueño, ciertamente.

Moirá escuchaba horrorizada todo lo que allí se decía. Creía soñar, pero la razón le decía que estaba bien despierta.

Sí, Ackers la había ultrajado canalllescamente y no lamentaría su muerte, pero la cosa, ahora, era muy distinta. Simplemente, se discutía un asesinato, se planeaba la muerte violenta de una persona... y ella no alzaba un solo dedo para protestar.

Estaba medio muerta de miedo. Allí iba a ocurrir algo horrible, se lo decía el instinto.

El Número 1 continuó:

—Por supuesto, todos queremos la muerte de Ackers. Y alguien tiene que ejecutarla. Pero, insisto, ello no resultará oneroso para

ninguno de los convocados.

—Bien, pero ¿quién se va a encargar del asunto? —preguntó el Número 10.

—Amigo mío, delante de usted hay una carta con un número. Aquí, en esta bolsita —el presidente la enseñó—, hay once bolas. Cada uno de nosotros extraerá una de esas bolas. Todas son iguales y no se nota diferencia alguna al tacto. Pero en una de ellas hay una letra: la M, inicial de muerte. El que saque esa bola, será el que ejecute la sentencia que todos, abierta o íntimamente, hemos deseado más de una vez contra Ackers.

—¡Un sorteo! —resopló el Número 6.

—Justamente —corroboró el Número 1, sonriendo bajo la capucha.

—Pero ninguno de nosotros...

—Alguna vez tenía que ser la primera, pero también será la última. Número 6, ¿no es cierto que usted saltaría de gozo si se enterase de la muerte de Ackers? ¿Qué haría ahora, en este mismo momento, si le comunicasen que Ackers ya no pertenece al mundo de los vivos?

—¡Sí, saltaría de alegría! —admitió el Número 6 casi a gritos—. Pe... pero no sé si me sentiría capaz de matarlo personalmente...

—Si le toca la bola con la letra M tendrá que hacerlo.

De repente, alguien se puso en pie.

Era el Número 8.

—Lo siento —dijo—. No quiero tomar parte en este juego. Admito que odio a Ackers y que no me importaría que muriese. Es más, hace pocos días, discutí con él y me di el placer de propinarle una buena paliza. Para mí, la cuenta está saldada con los golpes que le di. Y no fueron pocos ni flojos, y se los aticé con las manos y los pies. Hablando claro: me despaché a gusto. Por tanto, mi cuenta, insisto, queda saldada y no tomaré parte en esta farsa.

—No es una farsa, Número 8 —dijo el Número 1 heladamente.

—Es igual, yo me marchó.

—Le aconsejo que se quede.

—Váyase al diablo.

El Número 8 avanzó con paso firme hacia las cortinas, en medio de un denso silencio. Pasó al otro lado y, de repente, lanzó un aullido desgarrador.

Las cortinas se agitaron con violencia. Moira sentía unos deseos terribles de gritar, pero se notaba la lengua pegada al paladar.

De pronto, un cuerpo humano rodó al interior de la estancia. El Número 8 se agitó un poco y luego se quedó inmóvil.

* * *

Alguien tragó saliva ruidosamente.

—Esto... esto es un asesinato...

—Esto es propia seguridad, amigos —puntualizó el Número 1.

—Al parecer —dijo la Número 3 apaciblemente—, estamos condenados al sorteo de la muerte. Yo diría que usted, Número 1, no quiere que nos vayamos de aquí sin haber accedido a sus deseos.

—Mi querida señora, el impulsivo Número 8 ha

actuado sin dejarme acabar el discurso que tenía preparado. Es cierto que habrá un sorteo y que el que saque la bola señalada con la M se encargará de asesinar a Ackers, pero no lo hará gratis. Una vez que haya matado a Ackers, el afortunado vendrá a esta misma casa, donde se encontrará con un cuarto de millón en billetes de Banco. Mejor dicho, doscientos cuarenta mil dólares.

—¿Cómo? —preguntó la Número 9, interesadísima.

—Está bien claro. Cada uno de los presentes, ahora mismo, recibirá diez mil dólares, como simple premio por haber asistido a esta reunión. El ganador del cuarto de millón, esto es, el que mate a Ackers, vendrá aquí y recogerá los doscientos cuarenta mil dólares restantes. Eso es todo.

—Vaya —comentó el Número 10—. La paga no está mal.

—Sustanciosa —rió la Número 11.

Moira no estaba todavía segura de no hallarse en su cama, durmiendo. Un hombre acababa de morir, de una forma que no se le alcanzaba siquiera... y los demás ya no se preocupaban de ello.

Algunos, incluso, reían ante el anuncio del premio.

El Número 1, de pronto, empezó a tirar paquetes a los congregados. Uno de aquellos paquetes resbaló sobre la pulida superficie de la mesa, hasta caer en el regazo de Moira. Ella lo recogió maquinalmente.

Sentía unos vivísimos deseos de devolver el dinero. Pero la

muerte del Número 8 la infundió prudencia. Por supuesto, pensó, si la bola fatídica era para ella, no cometería el crimen.

—Se me está ocurriendo una cosa —dijo de pronto el Número 10.

—Hable, por favor —rogó el presidente.

—Ya falta uno de los nuestros. Por tanto, sobra una bola...

La enguantada mano del Número 1 entró en la bolsa de terciopelo negro que tenía ante sí. Sacó una bola, la examinó y luego la lanzó rodando sobre la mesa.

—Está en blanco —dijo—. Ahora queda el número justo de bolas.

Un par de manos examinaron sucesivamente la bola, que luego fue arrojada lejos de la mesa.

—Se inicia el sorteo —dijo el Número 1—. Yo seré el primero, pero nadie enseñará su bola hasta que cada uno haya tomado la suya.

La bolsa fue pasando de mano en mano. Moira sacó su bola y la apretó fuertemente con la mano. El corazón le palpitaba fuertemente. ¿Estaba sudando?

Durante unos segundos, creyó sentir una especie de vértigo. De pronto, oyó una voz:

—¡Yo tengo la letra M!

Moira abrió los ojos.

Era el Número 4, un hombre. Parecía joven o, al menos, no se advertían en él las líneas llenas de una edad madura.

—¿Cuándo podré venir aquí a por el dinero? —preguntó el Número 4.

—Estará aquí al día siguiente de la publicación de la noticia en los periódicos. Venga a estas horas, por favor —recomendó el presidente.

—Descuide. —El Número 4 soltó una fuerte carcajada—. Ackers es ya pato muerto.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó la Número 3.

—Desde luego, pero con intervalos de medio minuto, a fin de que puedan quitarse la capucha, sin ser reconocidos por los demás —contestó el Número 1.

La Número 9 tenía una duda y quiso esclarecerla:

—Número 1..., ¿qué hará con el cadáver del Número 8?

—Señora, eso es algo que no debe preocuparla en absoluto —
respondió fríamente el interpelado.

CAPÍTULO II

Tomlinson W. Ackers paró el coche junto a la acera y abrió la portezuela. Apenas se había erguido, un hombre se acercó a él y le disparó cuatro veces a quemarropa.

La gente chilló y se arremolinó, asustada, mientras Ackers rodaba por el suelo, con el pecho lleno de sangre. El asesino aprovechó la confusión para escapar en un coche que tenía preparado a pocos pasos de distancia.

Cuando los agentes de la ley quisieron intervenir, era ya demasiado tarde.

El asesino había desaparecido. Los testigos dieron todas versiones distintas del hecho. Para unos, el asesino era un hombre descomunal. Otros dijeron que era bajito, gordo, enano, con bigote, con barba, sin barba, vestido con un traje a cuadros, con un traje a rayas, con un «mono» de mecánico, en mangas de camisa, con sombrero, sin sombrero, con gafas negras, sin gafas, cojo, zambo, manco del brazo izquierdo, manco del brazo derecho... El cuanto al automóvil empleado en la huida tenía tantos tipos y colores, según eran los testigos; algunas de las marcas y colores discretos no habían sido empleados jamás por los fabricantes de automóviles de Detroit.

Lo único que sacó la policía en limpio fue que el todopoderoso Tomlinson W. Ackers, un genio de las finanzas, había muerto acribillado a balazos.

* * *

Aquella misma tarde, una mujer enlutada, pálida y llorosa,

acompañada por su abogado, fue al depósito de cadáveres. Un oficial de la policía le mostró el cuerpo tendido sobre una mesa y cubierto por una sábana. Después de retirar ésta un poco, el policía preguntó:

—¿Es él?

—Sí... Pobre Tommie —gimió afligidamente la todavía bella señora Ackers.

De pronto, Nancy Ackers vaciló. Su abogado tuvo que sostenerla para que no cayera al suelo.

—Tengo que sacarla de aquí —dijo el abogado.

—Es lógico —convino el policía—. Señora, na sabe cuánto siento lo ocurrido...

El teniente Burnett, sin embargo, pensaba íntimamente que lo raro era que Ackers hubiese vivido tanto tiempo. A juzgar por lo que había oído del financiero, un día u otro alguien tenía que pegarle cuatro tiros.

Y eso era lo que había sucedido al fin, se dijo, mientras volvía a tapar el cuerpo con la sábana.

Luego, Dan Burnett volvió a su oficina, en donde fue relevado del caso por un colega, ya que aquel mismo día iniciaba sus treinta días de vacaciones.

* * *

Dan Burnett regresó a su casa al atardecer, dispuesto a preparar todo para empezar su viaje de vacaciones, a un lugar casi solitario, en las montañas y no lejos de un arroyo caudaloso donde podría pescar a diario. Burnett se relamía pensando en los treinta maravillosos días que iba a pasar en aquel sitio donde tanto había disfrutado el año anterior y del que guardaba recuerdos muy gratos.

Su ama de llaves, Emily Franks, abrió la puerta al verle avanzar a lo largo del sendero central que partía en dos el pequeño jardín.

—Ella le espera, Dan —informó.

Burnett arqueó las cejas.

—¿Ella? ¿Quién es, Emily? Yo no espero ninguna visita...

—Entre, entre; está en su gabinete de trabajo.

Las cejas del policía se juntaron. «A ver si ahora alguien quiere estropear-me las vacaciones», pensó, muy disgustado.

Entró en la habitación. Todavía llevaba en la mano el periódico de la tarde, que había lanzado una edición especial, con motivo de la muerte de Ackers.

Una hermosa joven estaba sentada junto a la mesa. Aunque hacía un par de años que no la veía y, prácticamente, la había olvidado por completo, Burnett la reconoció en el acto.

—¡Moira! ¡Moira Hool! —exclamó—. Pero ¿qué haces aquí?

Ella se puso en pie inmediatamente. Era una hermosa muchacha, de figura muy atractiva, pelo castaño y ojos grises. En dos años, Moira se había hecho todavía mucho más guapa de lo que él recordaba.

—Dan, tengo que contarte algo horrible... —dijo con voz entrecortada—. He dudado mucho, tanto, que llevo dos días que no vivo... ni como ni duermo..., peno, al fin, después de mucho pensarlo, he llegado a la conclusión de que eres tú el único que puede ayudarme.

Burnett se dio cuenta en el acto de la agitación que poseía a la muchacha. Dos años antes, Moira era una eficaz agente de policía, destinada en los archivos, pero había dejado el empleo para tomar otro mejor remunerado. Burnet y ella habían iniciado un devaneo, que no había llegado a más, a causa de la marcha de la joven.

—Está bien, está bien —dijo, a la vez que lanzaba el periódico a un lado—. Siéntate y procura calmarte. Ahora mismo llamaré a la señora Franks para que te traiga algo. ¿Café, Moira?

Ella asintió con un gesto. Burnett retrocedió, abrió la puerta y gritó al ama de llaves que preparase la cafetera. Luego volvió junto a la muchacha, se sentó frente a ella y le tomó las manos.

—Por favor, cuéntame —rogó—. Si estás en un aprieto, habla francamente, sin ocultarme nada. Es lo mejor, créeme. Tú has estado en la Policía y sabes que no hay nada más perjudicial que la ocultación de la verdad, total o parcial.

—Sí... por eso he venido a verte... Dan, no sé cómo empezar...

Burnett sonrió comprensivamente. Tal vez, pensó, Moira había cometido algún desfalco. Sería cosa de ver el procedimiento de arreglar aquel problema.

—Verás... he estado a punto de matar a una persona —dijo ella—. No lo he hecho..., pero sé que alguien lo liará.

Emily entró en aquel momento. Burnett le tomó la bandeja.

—Gracias —dijo.

Burnett llenó dos tazas de café y entregó una a su visitante.

—Sigue, Moira —indicó, muy serio—. ¿Quién es la futura víctima?

—Espera... Creo que debo contártelo todo desde el principio...

Moira tomó el café y pareció sentirse mejor. Burnett le entregó un cigarrillo ya encendido. Ella aspiró un par de bocanadas.

Al cabo de unos momentos, Moira empezó a hablar. A medida que salían las palabras de su boca, daba la sensación de sentir una especie de desahogo que mejoraba considerablemente su ánimo. Cuando terminó, Burnett la contempló estupefacto.

—Eso... parece un relato de ficción...

—Te lo juro, Dan, es la pura verdad. —De pronto, ella abrió el bolso y sacó el paquete que le había sido entregado cuarenta y ocho horas antes—. Mira, aquí está el dinero, intacto... Ni siquiera me he atrevido a contarlos...

Burnett reflexionó unos instantes.

—Este paquete te fue entregado por el Número 1 —dijo al cabo.

—Sí, en efecto.

—¿Lo ha tocado alguien más que tú?

—No. No he hablado a nadie del asunto en estos días. Eres el primero que lo sabe, aparte de los otros que fueron a aquel lugar y a los que, claro está, no llegué a conocer.

—De once, había cinco hombres y seis mujeres... —dijo él pensativamente—. Bien, lo más probable es que no encontremos aquí otras huellas que las tuyas, ya que ahora has tocado el papel de la envoltura con las manos sin guantes. El Número 1 debió de preparar el dinero con las manos enguantadas. Pero quizá por los billetes sepamos algo.

—¿La numeración?

—Es posible.

Burnett rasgó la envoltura con una plegadera. Abrió el paquete y extrajo de su interior un fajo de rectángulos de papel de diversos colores.

—¡Son recortes de papel! —exclamó ella, atónita.

—Eso es lo que estoy viendo. El Número 1 os tomó lindamente el pelo, Moira.

—¡Pero yo vi morir a un hambre!

—¿Murió realmente? ¿No desempeñó acaso, una comedia, para impresionaros, de acuerdo con el Número 1?

Ella se mordió los labios.

—Por supuesto, no le tomé el pulso...

—¿Viste sangre en sus ropas?

—No. Me dio la sensación de que moría electrocutado al tocar la puerta.

—Una trampa eléctrica, ¿eh?

—No lo sé. Dan, de veras te digo que no lo sé... Ahora que me fijo mejor, el Número 8 no murió electrocutado. El fallecimiento o, por lo menos, la pérdida del conocimiento, es instantáneo. Y él gritó, se tambaleó y todavía duró unos momentos con vida.

—Habrá que averiguar de qué murió ese Número 8, si es que realmente murió. Pero ahora, Moira, quiero que me digas por qué tuviste que asistir a esa reunión. Dime, ¿es cierto que odiabas tanto a Ackers como para desear su muerte?

El rostro de la joven se tiñó de un color encarnado muy vivo.

—Dan, ¿debo contestar a tu pregunta? —murmuró, sumamente agitada.

—Es necesario —insistió él—. No olvides que, a fin de cuentas, puedes ser acusada de complicidad en un crimen.

—¡Pero yo no maté al Número 8, Dan!

—Yo no me refiero al Número 8, sino a Ackers. Vamos, cuéntame lo que te pasó con ese sujeto.

Moira inspiró con fuerza y las curvas de su pecho resaltaron tensas bajo el tejido que las cubría.

—Abusó de mí, Dan —dijo.

Burnett se quedó con la boca abierta.

—¡Moira!

—Ya lo sabes —contestó ella, desviando la vista a un lado—. ¿Para qué vamos a hablar con rodeos? Lisa y llanamente, fue lo que te he dicho.

—¡Dios mío...! —murmuró él—. Sabía muchas cosas repugnantes de Ackers, pero nunca pude imaginar que... Moira, ¿cómo pudo suceder?

—En su propio despacho privado, después de las cinco de la tarde. Yo había conseguido bastante prestigio en las oficinas y el adjunto de Ackers me dijo que el jefe supremo quería dictarme unas

cartas muy importantes al final de la jornada. No le di importancia, a veces pasa eso en las grandes empresas... y, además, me prometieron una buena gratificación por las horas extraordinarias. Bien, abreviando... nos quedamos solos y a poco él me abrazó y me besó. Yo intenté resistirme y Ackers me golpeó en la barbilla. Casi perdí el conocimiento... Me quedé prácticamente sin fuerzas, incapaz de hacer nada... Casi no recuerdo lo que sucedió; tengo como una especie de niebla en la mente... Sé que después, Ackers me dio una copa y que bebí un par de tragos. Cuando me recuperé, él quiso disculparse y me ofreció dinero, no sé, cien, doscientos dólares... Le tiré los billetes a la cara y me marché.

Moirá aparecía terriblemente agitada. Burnett, comprensivo, se levantó y buscó una botella y copas.

Ella tomó un sorbo. Luego respiró hondamente.

—Así que ya lo sabes todo, Dan —añadió.

—Todo, no —contradijo él—. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hará cinco o seis meses... Estuve varias semanas enteras como aturdida, incapaz de creer en lo que me había sucedido. Luego, poco a poco, me fui recuperando y encontré un empleo. Había enviado mi renuncia por correo y Ackers hizo que me enviase un buen certificado de despido. Así pude conseguir esa colocación de relaciones públicas en una empresa relativamente modesta, pero de gente simpática y muy agradable en el trato. Me pagan bien... y yo trato de olvidar lo ocurrido, cuando, de pronto, recibí aquella carta.

—¿La conservas?

Moirá hizo un gesto negativo.

—Después de lo que pasó, quemé la carta. Me sentía aterrada, créeme, y no acababa de comprender cómo pude acudir a la llamada. Fue... algo impulsivo, irrazonable, aunque espero que tú sepas entenderme.

—Sí, Moirá, pero pienso que debiste haber denunciado lo ocurrido —dijo Burnett.

Ella soltó una agria carcajada.

—¿Una denuncia? ¿Sin testigos? Ackers habría sido capaz de encarcelarme por calumnia. No, él sabía perfectamente que yo no podría hacer nada en su contra. Ni siquiera me llamó después no ya para disculparse, sino para advertirme que no intentase ninguna acción judicial contra él. Estaba seguro de su impunidad.

—Es cierto —convino Burnett—. Pero a Ackers se le ha acabado ya la impunidad.

—¿Cómo dices? —se extrañó la muchacha.

Burnett se levantó y cogió el periódico, que extendió ante los ojos de Moira.

—Lee —dijo.

Ella se puso las manos en la cara.

—¡Dios mío! ¡El Número

4 ha

cumplido el acuerdo! —exclamó.

—Sí, y ha sido muy rápido. No se lo ha pensado dos veces; antes de que hubieran transcurrido cuarenta y ocho horas, ya se había ganado el cuarto de millón ofrecido por la cabeza de Ackers —dijo Burnett.

CAPÍTULO III

—Te quedarás a cenar conmigo, supongo.

—Si no te importa...

Burnett sonrió.

—Al contrario, me agraderá muchísimo —aseguró—. Además, así podremos seguir hablando del tema.

—Dan, creo que ya te lo he dicho todo —contestó ella.

—Moira, aunque no por demasiado tiempo, has estado en la policía y sabes que el que se encarga de una investigación nunca admite la palabra «todo». —Burnett se levantó y abrió la puerta—. ¡Emily! —llamó.

—Dígame, Dan —contestó el ama de llaves desde la cocina.

—¡Cena para dos, por favor!

—Ya la estaba preparando, no se preocupe, muchacho.

Burnett cerró y se volvió sonriendo hacia su invitada:

—Es una mujer excelente —comentó—. Algo gruñona, pero muy buena. Bien, sigamos hablando, Moira.

—No sé qué más decirte...

—En primer lugar, me vas a decir si recuerdas la ruta que seguiste para llegar al punto de reunión.

—Sí... Es decir, creo que la recordaré...

—Con la carta de llamada, te enviaron un plano. ¿Lo has quemado también?

Moira bajó los ojos.

—Lo siento, Dan —musitó.

—Bueno, no te preocupes. Yo me imagino tu estado de ánimo, así que no debes preocuparte. Lo que sí me gustaría saber es si reconociste a alguno de los convocados.

—No. Todos estábamos encapuchados. El que fue sin guantes se

puso unos de los que el Número 1 había dejado preparados en el vestíbulo. Las ropas eran corrientes y discretas. Había uno o dos hombres de mediana edad, a juzgar por su corpulencia, quiero decir que ya tenían barriga. Las mujeres me parecieron todas jóvenes, quizá con algunos años más que yo, a excepción de dos que estimo eran cuarentonas, aunque todavía, supongo, con cierto atractivo.

—No está mal —sonrió Burnett—. A veces, una cuarentona de buen ver sabe encandilar a los hombres mucho mejor que las jovencitas más esbeltas. Pero ¿cómo podía saber el Número 1 que todos los congregados tenían una cuenta que saldar con Ackers?

—Bueno, él dijo que si tuviese que reunir a todos los que odiaban a Ackers, necesitaría un estadio.

—Sí, ya sé que era un hombre que no gozaba de demasiadas simpatías —convino Burnett pensativamente—. Pero, al parecer, el número uno reunió a diez personas, de las que sabía habían sido más ofendidas por Ackers. Y alguno de los congregados se sentiría atraído por el premio del cuarto de millón y mataría a Ackers, como así ha sido.

—Entonces, el Número 1 nos conoce a todos.

—Es lo que yo calculo. Ahora bien, pienso que no es un hombre de fiar. Si yo fuese el Número 4, no iría a recoger la recompensa.

—¿Por qué? ¿Temes que le de también recortes de papel?

—No. Temo un segundo asesinato.

Moirá saltó en su asiento.

—¡Dan! Debemos ir esta noche allí, para impedir un crimen...

—No temas... —sonrió él—. Tú misma has dicho que el acuerdo sobre el pago de la recompensa consiste en dejar pasar veinticuatro horas después de la publicación de la noticia en los diarios.

—Sí, eso fue lo que dijo el Número 1.

—Bien, Ackers ha muerto hoy a las dos de la tarde. Apenas si se ha podido publicar lo más sustancioso y eso en una edición especial, tirada a las siete. Por tanto, el Número 4 no irá a la casa donde se celebró la reunión hasta mañana a las once de la noche.

La señora Franks se asomó en aquel instante.

—¡A cenar! —dijo, sin más preámbulos.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Burnett una hora más tarde, mientras se limpiaba los labios con una servilleta.

—Bastante mejor, en efecto. Oye, tienes una cocinera magnífica. ¿Por qué no me invitaste a cenar cuando yo estaba en la policía?

—Aún no había descubierto por completo las virtudes de Emily y, por otra parte, aunque yo hice el moscón a tu alrededor algún tiempo, luego vino Bertie Shall y pareciste inclinarte hacia él.

—Sí, pero resultó que Bertie estaba prometido.

—Oh, eso no lo sabía yo.

—Yo me enteré el día en que me invitó a cenar. Acababan de servirnos una estupenda sopa de cebolla cuando se presentó su novia y le volcó el plato sobre la cabeza. Imagínate cómo quedó.

Burnett se echó a reír.

—Debió de ser muy divertido —convino—. ¿Qué pasó después?

—Bueno, Bertie se quedó solo. Al poco tiempo, me marché y...

Moir se puso seria de pronto.

—No debía haber abandonado mi puesto en la policía —añadió.

Burnett se inclinó hacia adelante y palmeó una de las manos de la muchacha.

—Olvidalo —aconsejó—. ¿Estás preparada para salir?

—Sí, desde luego.

Minutos más tarde, Burnett ponía su coche en movimiento.

—Moir, ¿fuiste a aquella casa directamente desde la tuya? —preguntó.

—Sí, Dan.

—Entonces, para que recuerdes mejor el camino, iremos primero a tu casa. De este modo, creo que no te perderás.

—Es una buena idea —aprobó ella.

Mientras el coche rodaba a una moderada velocidad, Burnett continuó haciendo preguntas a la muchacha:

—¿Reconociste a alguno de los reunidos?

—No, aunque sí me pareció haber oído la voz de una de las mujeres —contestó Moir.

—¿Compañera de trabajo en las oficinas de Ackers?

—No. Si quieres que te diga la verdad, todos ellos me parecieron gente de cierta posición. Ninguno de ellos era empleado, casi podría asegurarlo.

—Es un dato que puede resultar valioso. Tal vez la mayoría de

los reunidos había tenido negocios con Ackers y éste les causó graves perjuicios financieros. Realmente, era un tigre para Los billetes de Banco.

—Dan, ¿cómo puede ser la gente tan ambiciosa? —suspiró ella—. A mí me parece que el dinero no estorba nunca, pero, a partir de cierta cantidad, tanto dan ya unos miles más que menos.

—Moira, lo que da el dinero no es precisamente el placer de comprar lo que a uno se le antoje, sino poder. Resulta duro tener que reconocerlo, pero es la más cruda realidad. Cuanto más dinero tiene una persona, alcanza más poder. Ciertamente, en ocasiones puede verse en algún apuro, pero de cierta clase de apuros los ricos salen siempre mejor librados que los pobres.

—¡Caramba! —se asombró ella—. Pareces un propagandista político... muy radical.

—No; es la pura verdad. Y si no, juzga por ti misma. Ni siquiera te atreviste a denunciar lo que te ocurrió, porque sabías que no conseguirías nada. Por supuesto, no todos son como Ackers..., aunque, en el fondo, hasta el millonario más bueno, hace actuar su poder inconscientemente. Pero es la realidad y debemos atenernos a ella.

—Sea como sea, los millones no le han servido de nada a Ackers. Ya no es más que un montón de carne fría y sin alma —musitó la joven.

—Cierto, pero mientras vivió ejerció el despótico poder que le daba su fortuna. Moira, antes has dicho que creíste reconocer una voz de mujer.

—Sí, es verdad. Tenía el Número 3.

—En tal caso, si no es amiga tuya...

—No, no lo era. Creo que hubiera hablado con ella por teléfono.

—Bien, si dices que todos los convocados eran gente de cierta posición, puede que se trate de una artista de cine o de teatro. O tal vez de televisión. Muchas veces, cuando estamos viendo la televisión, por ejemplo, reconocemos a un actor por la voz, aunque no salga en la pantalla en ese momento.

—Es cierto —exclamó la muchacha—. Tendré que pensar en esa posibilidad, que no se me había ocurrido hasta ahora.

—Celebro haberte dado una buena idea. Y ahora, dime, ¿qué observaste en el ganador de la lotería siniestra?

—Me pareció joven, tal vez unos cuantos años más que tú, apuesto..., pero no pude ver más detalles.

Burnett frunció el ceño.

—El Número 4 mató a Ackers. Pero ¿cómo lo hizo, si al igual que tú, recibió un paquete con recortes de periódicos?

—Tal vez su paquete contenía auténticos billetes de Banco, Dan.

—Pudiera ser, pero el sorteo se efectuó después del reparto del dinero. De haberse celebrado antes, el Número 1 podría haber entregado al ganador un paquete previamente marcado, de una forma imperceptible para los demás. Porque, de otro modo, el Número 4 habría presentado el engaño y no habría cometido su crimen.

Moira suspiró.

—No lo sé, Dan —contestó—. Las cosas sucedieron tal como te lo he dicho. Lo único que puedo decirte es que ahora me arrepiento de haber cedido a aquel impulso de venganza.

—No tienes nada de qué reprocharte. Ackers te causó un daño terrible y, en este mundo, ¿quién puede tirar la primera piedra?

Callaron durante un buen rato. De pronto, Moira exclamó.

—¡Dan, ahí a la derecha!

—¿Es la casa?

—No, ahí estacioné yo mi coche. Hice a pie el resto del trayecto.

—Muy bien, nosotros haremos ahora lo mismo.

* * *

La casa, rodeada por un jardín no demasiado cuidado, estaba completamente a oscuras. Las ventanas tenían postigos muy antiguos, que se veían cerrados. Aunque era de noche, podía apreciarse que la casa, si bien descuidada en cuanto a pintura exterior, se hallaba todavía en buenas condiciones.

Después de dar una vuelta completa en torno al edificio, Burnett se acercó a la puerta principal.

—Ahí estaba el rótulo luminoso —indicó Moira.

—Yo no veo nada —dijo él.

—Lo habrán quitado. Tal vez lo puso el Número 1 solamente para la ocasión.

—Es posible.

Burnett probó la cerradura.

—No podemos entrar. Está cerrado con doble vuelta de llave —dijo.

—Entonces, ¿qué haremos?

El joven meditó unos segundos. Luego consultó la hora.

—Son las diez y media —dijo—. Esperemos. Quizá el Número 4 acuda a recibir la recompensa.

—¿Antes de tiempo?

—No podemos saberlo, si no es aguardando en un lugar discreto. El Número 1 os escribió, porque, de un modo u otro, se enteró de vuestras direcciones. Parece lógico suponer que conozca también los números de teléfono.

—Entonces, supones que ha podido avisar al Número cuatro para que acuda a recibir la recompensa.

—Es una posibilidad, Moira. Ven, apartémonos de aquí.

La casa era la última de aquel suburbio y daba directamente al campo. Más a lo lejos, a unos quinientos metros, se divisaba una carretera con bastante tránsito y las luces de una estación de servicio.

Burnett y Moira aguardaron hasta la media noche.

—Ya no vendrá hoy —dijo él—. Acudirá mañana, como era lo convenido.

—Sí, seguramente.

—Te llevaré a casa, Moira.

Burnett subió a su coche.

«Tendré que retrasar mis vacaciones. Cuestión de un día o dos», pensó, filosóficamente resignado.

Porque no podía abandonar a la encantadora Moira en aquel apuro. Además, se habían cometido dos asesinatos.

«Uno solo: el de Ackers. El otro fue una comedia destinada a impresionar a los convocados. El Número 1 y el Número 8 estaban de acuerdo», calculó.

* * *

A las doce y cuarto, alguien llamó a la puerta de la casa de Terry Stokes.

Stokes estaba viendo la televisión en aquel momento y se

extrañó que alguien viniera a visitarle a una hora tan intempestiva. Apagó el televisor, se levantó y cruzó la sala para abrir.

Receloso, no obstante, escrutó el pasillo a través de la mirilla.

Al otro lado de la puerta divisó un rostro estólido, debajo de una gorra con el rótulo de la Western Union.

La llamada se repitió. El mensajero dijo:

—Telegrama urgente, señor Stokes.

Stokes abrió la puerta. El empleado le tendió un sobre amarillo y un cuaderno con un lápiz.

—Firme, por favor.

—Sí, gracias —contestó Stokes, preguntándose quién diablos le enviaba un telegrama urgente a aquellas horas de la noche.

Entretenido en firmar, no se dio cuenta de que el repartidor de la compañía de Telégrafos sacaba una pistola con silenciador. De pronto, recibió un terrible empujón que lo lanzó al suelo de espaldas, a un par de pasos de distancia.

El repartidor entró y cerró la puerta de golpe. Stokes empezaba a levantarse, cuando recibió la primera bala en el pecho.

Gritó un poco. El segundo proyectil atravesó su frente.

A continuación, el repartidor corrió al dormitorio, en donde lanzó la gorra a un lado, *así* como también una máscara de goma, que ocultaba por completo sus facciones. Iba con la camisa de uniforme, que se cambió por una perteneciente a la víctima. También se puso una corbata y una chaqueta de Stokes.

Finalmente, sacó una gabardina reversible. Uno de sus lados era casi blanco; el otro era de tela a cuadros azules, grises y rojos. El asesino se puso la gabardina, dejando el forro de cuadros a la vista.

Momentos después, abandonaba la casa sin dar muestras de apresuramiento. El conserje de noche había visto entrar a un repartidor de la W.

U. Ahora

vería salir a un individuo de aspecto corriente, vestido con una gabardina a cuadros.

Arriba, en uno de los pisos del edificio, la sangre de la víctima empapaba lentamente la alfombra de la sala.

CAPÍTULO IV

Estaba terminando de afeitarse, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

—Le llaman, Dan —dijo la señora Franks.

Burnett abandonó el baño, envuelto en una bata, y tomó el aparato.

—Hola, Dan —sonó una voz conocida—. Acaban de decirme que retrasas tus vacaciones, porque quieres seguir adelante con el caso Ackers.

Así es, Fred. Es decir, si no te molesta. Te explicaré...

—No me expliques nada —rió el teniente Hadley—. Todo lo contrario, te estoy muy agradecido. Y para empezar, ve al número 688 de la Avenida Grant. Hay un «fiambre» y se cree pueda tener alguna relación con ese caso.

Burnett se puso rígido.

—¿Cómo lo sabes, Fred? —preguntó.

—A las primeras de cambio, han salido a relucir ciertas relaciones tuyas de negocios con Ackers. En fin, ve allí; el sargento Mowrer te aguarda. ¡Suerte, Dan!

Burnett dejó el teléfono en la horquilla. Estuvo unos momentos inmóvil y luego corrió al dormitorio a terminar de vestirse.

—Emily, no me prepare el desayuno; tengo que salir urgentemente —gritó.

Apenas estuvo en el coche, puso en el techo la luz intermitente y conectó la sirena. El tráfico se apartaba a su paso permitiéndole llegar a la Avenida Grant en un brevísimo espacio de tiempo.

Momentos después, se hallaba ante el sargento Mowrer, quien, con una libreta en la mano, le explicó los pormenores del suceso, conocidos hasta aquellos instantes. Burnett escuchó con gran atención y luego se inclinó para examinar el cadáver cubierto por

una manta.

El aspecto de Terry Stokes no tenía nada de agradable. Era indudable que su muerte había sido poco menos que instantánea.

—Hemos encontrado prendas de la Western Union, señor —informó Mowrer—. El conserje de noche dice que vio entrar a un repartidor sobre las doce y diez o doce y cuarto. También hemos encontrado una máscara de goma.

Un agente llegó con los objetos indicados, que Burnett examinó mientras Mowrer continuaba hablando:

—El conserje no vio salir al repartidor, aunque sí ha mencionado a un sujeto vestido con una gabardina de cuadros que salió a las doce y media, aproximadamente. El hombre le resultó desconocido, no le había visto nunca antes de ahora. Nosotros opinamos que el asesino llegó disfrazado y que dejó aquí el disfraz. Parece que faltan algunas prendas de ropa en el vestuario de la víctima. Tal vez se las puso el asesino. Pero eso me parece un tanto raro, señor.

—¿Por qué, sargento?

—Bueno, si ya venía disfrazado, ¿por qué adoptar su aspecto normal? No resulta lógico, me parece a mí...

—Mowrer, tan sólo con que el asesino llevase un bigote postizo, ya son dos personas a las que debemos buscar. Pero el hecho de que cambiase de ropa, significa que no quería que el conserje hablase con él. A veces, los conserjes de noche y Los repartidores de telegramas, aburridos, echan una parrafada. Los conserjes, sobre todo, tienen tiempo de sobra, ¿comprendido?

—Sí, de este modo, el asesino evitaba que el conserje le detuviese con cualquier pretexto y viese que su cara, la del repartidor, no era sino un rostro artificial.

—Exacto. ¿Han registrado bien el departamento?

—Estamos haciéndolo, señor.

—Mowrer, ¿cómo llegaron a la conclusión de que la víctima tenía relaciones con el difunto Ackers?

—Pues verá, señor... El crimen fue descubierto por la mujer que limpiaba el piso todos los días. Entonces, cuando llegamos nosotros, empezamos a interrogar a la gente. El conserje de día se lamentó de que dos personas que se conocían entre sí hubiesen muerto con tan poca diferencia de días. Por supuesto, se refería a Ackers. El conserje dijo que Stokes le había hablado más de una vez de Ackers

y de los negocios que tenían en común. Personalmente opino que Stokes quería presumir un poco; usted sabe bien qué personaje era Ackers. Stokes, a mi entender, aunque hubiese tenido alguna relación con Ackers, quería dar a entender que era tan importante como él o algo por el estilo, usted ya me entiende.

—Desde luego, Mowrer.

—Hay muchas personas que presumen de conocer a personajes importantes. Luego resulta que coincidieron una vez en una fiesta y ya no se han vuelto a encontrar más... Eso creo que fue lo que le sucedió a la víctima.

Burnett asintió.

—Pude ser —admitió, sin querer dar a entender lo que sabía sobre el particular.

De pronto, se oyó una voz en el interior de la vivienda.

—¡Eh, sargento, mire lo que he encontrado aquí!

Burnett y Mowrer corrieron hacia el dormitorio, amplio, espacioso, en uno de cuyos rincones se veía un escritorio de persiana, antiguo, pero recién restaurado. El agente tenía abierto uno de los cajones y señalaba algo que había en su interior.

Los ojos de Burnett captaron de inmediato el papel de color claro y la masa de billetes que había, envuelta a medias. El papel de la envoltura era exactamente igual al que había visto en manos de Moira Hool.

—Hay un buen pico, señor —comentó el policía.

Burnett sacó el fajo de billetes y los contó. No eran absolutamente nuevos, aunque sí estaban muy poco usados. Había cien billetes de a cien dólares.

—Diez mil, en total —dijo, al finalizar la cuenta.

Mowrer silbó. Pero las sorpresas no habían acabado todavía.

Otro agente llegó, sosteniendo con el índice y el pulgar una bolsa de plástico, de la que se desprendían todavía bastantes gotas de agua.

—Estaba en la cisterna del inodoro, señor —informó.

Burnett cogió la bolsa y contempló el revólver que había en su interior. El plástico había evitado que el agua mojase el arma.

Tras unos segundos de vacilación, desanudó la bolsa y sacó el revólver asiéndolo por el cañón, con dos dedos. Un rápido vistazo le hizo ver que sólo quedaban dos cartuchos útiles.

—Sargento, envíe el arma inmediatamente a Balística —ordenó—. No quisiera presumir de clarividente, pero sospecho que Terry Stokes fue el asesino de Ackers.

Mowrer lanzó un resoplido.

—Lo mató de cuatro tiros...

—Y hay cuatro cartuchos vacíos. —Burnett volvió el revólver a la bolsa—. Envíelo, pronto.

—Bien, señor.

Otro agente se hizo cargo del dinero. Burnett contempló el bulto cubierto con una manta. Sí, allí yacía el Número 4, el hombre afortunado... con dos balazos, en lugar de un cuarto de millón, como le había sido prometido.

Cuando terminó el trabajo de rutina, regresó a su despacho. Su ayudante, Nellie Slayton, le dijo que tenía un mensaje urgente.

—Debe llamar aquí, inmediatamente —indicó, a la vez que le tendía un papel, con el nombre y el número de teléfono de Moira Hool.

Nellie era nueva en la Policía y por ello no conocía a Moira. Burnett levantó el teléfono y marcó las cifras y esperó.

Moira contestó a los pocos momentos.

—Tengo una noticia para ti —dijo.

—Supongo que será interesante. Yo también tengo noticias frescas. El Número 4 ha

muerto. Hemos encontrado el arma con la que mató a Ackers y los diez mil dólares de adelanto.

Moira se quedó sin respiración.

—¡Dios mío! ¿Es posible?

—Como lo oyes. Pero ya hablaremos luego de este asunto. ¿Qué era lo que ibas a decirme?

—Dan, ya sé quién es el Número 3. He conseguido reconocer su voz.

—¡Magnífico! ¿Lo conoces?

—No es un hombre, sino una mujer, te lo dije anoche. Bien, cuando me dejaste en casa, yo no tenía sueño y encendí la televisión para distraerme. Al cabo de un rato, dieron anuncios. Uno de ellos es muy popular, la chica que se baña con cierta marca de espuma...

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, ella es la Número 3, Dan.

—Moirá, a veces las modelos publicitarias no tienen una voz lo suficientemente agradable para que suene bien a los oídos de los televidentes.

—Y las doblan, quieres decir.

—En efecto.

—Bueno, si doblaron a la modelo, tú puedes averiguar a quién pertenece la voz. Me parece que no deja de ser una buena pista.

—Con tal de que no estés equivocada... De todos modos, gracias, Moira.

—Escucha un momento, Dan. Has dicho que el Número cuatro ha muerto.

—En efecto.

—Entonces, ya no tenemos interés en acudir a aquella casa a las once de la noche.

Burnett consultó su reloj.

—Preciosa, a las ocho hablé con el Gran Jefazo y le dije que quería hacerme cargo del caso Ackers. A las ocho y media, me comunicaron la muerte del Número 4. Son las once de la mañana. Hasta las once de la noche, tenemos doce horas para pensarlo, ¿comprendes?

—Muy bien, pero ¿qué hago yo ahora?

De pronto, Burnett pensó en cierta posibilidad que no se le había ocurrido hasta aquel momento.

—Moirá, mete algo de ropa en un maletín y ve inmediatamente a mi casa —ordenó.

* * *

Burnett llamó a la puerta y se apoyó indolentemente en una de las jambas. Alguien aplicó un ojo a la mirilla. Poco después, se abrió la puerta y una hermosa mujer, de unos veintiocho años, muy rubia y de elevada estatura, apareció ante sus ojos.

—Hola, polizonte —dijo ella.

Burnett contempló a la mujer con aire crítico. Ella vestía una bata de brillante raso rojo, con cuello de plumas, pero la prenda estaba abierta lo suficiente para dejar ver casi toda la pierna

izquierda, deliberadamente adelantada. El pie estaba calzado con una chinela de la misma tela y tacón muy alto.

—Estás arrebatadora, Bonnie Pence —sonrió Burnett.

Dentro de la casa se oían gritos y disparos. Bonnie sonreía también.

—Sigo siendo atractiva, me parece —dijo.

—Muchísimo. No tienes compañía, me parece.

—¿Cómo lo sabes?

—Oigo el estruendo de un combate entre los apaches y la caballería.

—Lo cual te ha hecho saber que estaba viendo la televisión. Se nota que eres policía. —Bonnie alargó un brazo de mórbido contornos—. Anda, entra, especie de canalla.

—Vives bien —dijo.

—No puedo quejarme. Gano dinero. Y sin necesidad de esperar clientes al pie de un farol.

—Aquellos tiempos están lejos, me parece, Bonnie.

Ella destapó una botella. Puso *whisky* en dos vasos altos y echó en cada uno un par de cubitos de hielo. Luego ofreció uno a su visitante.

—Dan, confieso que eres el último hombre a quien habría soñado en ver a estas horas y en mi casa —dijo.

—No es tan tarde, Bonnie.

—Me he levantado hace poco. Trabajo hasta la madrugada.

—¿Te gusta... el empleo?

Ella se sentó lánguidamente en un diván y cruzó las piernas. La bata se abrió, pero no hizo nada por cerrarla.

—Al menos, no paso frío. Paseando por la acera durante la noche, a veces me helaba —contestó.

—Y gustas a la gente.

—¡Psé!; lo corriente.

Un apache había derribado al oficial que mandaba la patrulla de caballería y se disponía a clavarle su cuchillo. La película se cortó en aquel momento.

Aparecieron los primeros anuncios. Bonnie se hizo visible poco después, enseñando los hombros en la bañera llena de espuma. Sonreía al sacar una pierna y ponerla casi vertical, mientras alababa la bondad del producto.

—Me hubiera gustado presenciar la filmación de este *spot* publicitario —dijo él, cuando ya se reanudaba la película y el fiel sargento mataba de un disparo al apache que se disponía a degollar al gallardo teniente.

—No hubieras visto gran cosa. Yo llevaba puesto un traje de baño entero, aunque sin tirantes y del color de la carne —contestó ella.

—Te eligieron para la demostración, ¿verdad?

—Sí, el productor pensó que yo daba el tipo. Y eso, aunque no lo creas, atrae gente al local donde trabajo. Estoy pensando en pedir aumento de sueldo al dueño.

—Harás bien, Bonnie.

Burnett sacó cigarrillos y ofreció uno a la modelo. Ella le echó el humo a la cara.

—Dan, créeme, te estoy muy agradecida. Tú me sacaste de... de cierta situación nada agradable y conseguiste que me dieran trabajo, primero como camarera, claro está, aunque luego yo destacase por méritos propios. Pero también «enchironaste» a Fatso Anders. Y para mucho tiempo, creo.

—Veinte años —sonrió él.

—Se merecía la silla eléctrica. Bueno, no hablemos de aquel granuja que me explotaba... Lo que yo quería decirte es que el agradecimiento no pone una venda en mis ojos. Tú no has venido aquí solo por mi linda cara, Dan.

Burnett asintió. Años atrás, todavía era sargento, había sorprendido a Fatso Anders apaleando brutalmente a Bonnie. Después de arrestarlo, había conseguido un empleo para la joven. Luego investigó y consiguió pruebas de varios delitos cometidos por Anders, con lo que el rufián había ido a parar a San Quintín para veinte años.

—He visto y oído el anuncio de la televisión —dijo—. A ti no te han doblado cuando pronunciabas las frases elogiosas para esa marca de espuma de baño.

—Tengo una bonita voz —contestó ella—. Ya soy un poco talludita, pero quizá llegue a ser algo en el mundo del espectáculo. No hace mucho me hablaron de interpretar una serie en la televisión. La cosa está todavía en el aire.

—Ojalá consigas ese papel. Pero mientras tanto, hablemos de tu

voz. Bonnie. Alguien la reconoció hace algunas noches... concretamente, cuando se efectuó el sorteo para designar al asesino de Ackers.

CAPÍTULO V

Bonnie oyó aquellas palabras y se puso pálida.

—Dan por el amor de Dios, ¿quién te ha dicho...?

—El Número 5. Tú tenías el Número 3.

Ella se sentía a punto de desfallecer.

—Es cierto —admitió sordamente—. Fui allí...

—Porque odiabas a Ackers y tenías una cuenta pendiente con él.

—Sí.

—¿Qué te había hecho Ackers?

Los ojos de Bonnie relampaguearon.

—¡Ese maldito canalla, cerdo repugnante! —exclamó—. Dan, no sé si te lo creerás o no..., pero a veces pienso que si me hubiese tocado la bola con la letra M, yo mismo hubiese matado a Ackers.

Burnett estaba sentado en un butacón. Ya había apagado el televisor y tenía las piernas cruzadas. Sus codos estaban apoyados en los brazos del mueble, de modo que le permitieran entrelazar cómodamente los dedos de las manos.

—Mucho lo odiabas —comentó.

—¡A muerte! —dijo ella con salvaje acento—. No siento que le hayan pegado los cuatro tiros. Se lo merecía, créeme.

—Bien, pero vayamos a lo nuestro. ¿Qué te hizo Ackers?

Ella le miró fijamente.

—Hace seis años yo trabajaba en una de sus oficinas. Un día me llamó. Estábamos solos. Todo el mundo había salido ya. Quiso abusar de mí, pero yo he sido siempre bastante fuerte. Le pegué un rodillazo en la entrepierna y lo dejé sin sentido. Después de esto, ya no conseguí encontrar trabajo en ninguna parte... y tuve que buscar un farol, en una esquina, para poder comer. ¿Lo comprendes ahora? ¿O tal vez piensas que es una fábula lo que te he contado?

—No, porque conozco a otra que no era tan fuerte como tú y cedió.

—¿Habléis en serio?

—La Número, 5. Ella, es la que reconoció tu voz, Bonnie.

De pronto, la modelo se puso en pie, sumamente agitada. Dio un par de vueltas por la habitación y luego vertió más *whisky* en su vaso.

—No abuses, Bonnie —aconsejó él, sin cambiar de postura.

—Perdóname, pero estoy muy nerviosa. Dan, te juro que yo no he tenido tiempo de pensar demasiado en este asunto..., pero creo que si en este mundo había alguien que mereciese la muerte, era Ackers.

—Muy bien, aunque me extraña que tu resentimiento dure, tanto tiempo.

—Dan, no se trata de que quisiera abusar de mí, sino que después me persiguió por el hambre, hasta que tuve que prostituirme. Eso es lo que no le perdonaré jamás, ¿comprendes?

—Bien, pero ahora él está ya muerto —dijo Burnett—. Bonnie, el Número 8 murió porque no quiso tomar parte en el sorteo. O quizá fue una muerte simulada para impresionar a los convocados. ¿Qué opinas tú de eso?

—No lo sé. Cuando nos marchamos, seguía en el mismo sitio. Pienso que el Número 1 se encargó de ocultar el cadáver..., a menos que se trate de un simulacro, como has dicho.

—Entonces, no estás segura de esa muerte.

—No, lo siento. Una cosa es segura: no se vio sangre. Tal vez fue electrocutado...

—Creo que no, aunque, eso importa poco ahora, Bonnie. Dime, ¿había billetes auténticos en tu paquete?

Ella se mordió los labios.

—¿He de contestarte a la pregunta, Dan? ¿Es oficial?

—Al menos hazlo por gratitud —sonrió él.

—Sí, había diez mil dólares, en billetes de a cien. Pero no sé qué hacer con ese dinero...

—Guárdalo, por el momento. Tú eres una mujer afortunada; a la Número 5 sólo le dieron recortes de periódico.

Bonnie lanzó una explosiva interjección.

—¡Increíble! —dijo.

—Yo mismo abrí el paquete. La Número 5, para que; lo sepas, fue oficial femenino de la policía. Luego se empleó con Ackers, porque le pagaban más... y hace; unos meses pasó lo que pasó.

—¡Canalla! —Silabeó la modelo.

—Bonnie, la Número 5 reconoció tu voz. Ahora quiero que me digas si reconociste a alguno de los convocados por el Número 1. Esfuérzate en recordar; puede ser muy importante.

Ella se sentó de nuevo y entrecerró los ojos.

—Tal vez... Lark Mandle, el Número 10 —dijo, pasado casi un minuto.

—¿Crees haberlo reconocido?

—Sí. Es bajo, gordito y siempre ha usado alfileres de corbata muy espectaculares. Lo digo porque lo vi con mucha frecuencia cuando trabajaba para Ackers. Entonces usaba esa clase de alfileres y la noche de la reunión había uno que también llevaba un gran alfiler de corbata. De la voz no puedo decirte nada; habló muy poco y, además, creo que la disfrazó.

—Pero cometió el error de no quitarse el alfiler... —sonrió Burnett.

—Así es. Dan, ahora ya me siento arrepentida...

Burnett se puso en pie.

—Bonnie, voy a darte un consejo y me gustaría que lo aceptases —dijo.

—Creo que lo haré —contestó ella, con los ojos muy húmedos—. ¿Cuál es el consejo, Dan?

—Cambia de domicilio durante algunos días. El Número 4 asesinó a Ackers, pero, a su vez, ha sido asesinado.

Bonnie abrió la boca estúpidamente.

—Ase... sinado...

—En efecto. Hemos encontrado diez mil dólares y un revólver con cuatro cartuchos consumidos. Pero al Número 4, Terry Stokes, lo mataron a la media noche, de dos balazos.

—Me tiemblan las piernas —dijo ella.

Burnett se acercó a la joven y le puso las manos sobre los hombros.

—Escóndete una temporada —insistió.

Bonnie asintió con la cabeza repetidas veces.

—Lo haré —prometió.

—Cierto, la chica de la bañera era el Número 3.

—¿La has encontrado? —preguntó Moira.

—Vengo de su casa —sonrió Burnett.

—¿Y...?

—Ha conseguido reconocer a uno de los convocados. He intentado localizarlo, pero me han dicho que salió ayer por negocios y que no volverá hasta mañana.

—Naturalmente, irás a visitarlo.

—Claro. Moira, hay algo que me tiene profundamente extrañado. Intrigado, estaría mejor dicho.

—¿Be qué se trata, Dan?

—El paquete con los recortes de periódicos. En casa de Terry Stokes encontramos diez mil dólares, envueltos en papel igual al tuyo. Bonnie Pence afirma que su paquete contenía también los diez mil dólares. ¿No te parece raro?

—Sí, pero... yo no hice los paquetes. Me limité a recibir el mío, Dan.

—Claro, mujer. Pero no dejo de encontrarlo muy extraño. —Burnett consultó su reloj—. Moira, creo que esta noche deberíamos ir a la casa de la muerte.

—¿Lo estimas necesario?

—No estará de más. Stokes ha muerto... y puede que esta noche suceda algo allí. Acaso vaya alguien a cobrar una buena suma de dinero.

—Un cuarto de millón.

—Oh, no, en absoluto. Cinco, diez mil a lo sumo —calculó—. El que mató a Stokes tiene que ser un asesino profesional. Y esa especie de individuos no cobran nunca unas sumas tan elevadas.

—Pero el Número 1 lo prometió...

—¿Pagó el cuarto de millón o pagó con dos balas?

Moira asintió pensativamente.

—Sí, creo que tienes razón —convino—. Pero ¿crees que el asesino irá allí?

—Al menos, podemos aguardar un rato a ver si llega alguien, ¿no te parece? Es decir, si no tienes miedo.

—A tu lado, no —respondió la muchacha con sereno acento.

—Realmente, no debería llevarte conmigo... pero cuatro ojos ven más que dos, sobre todo, cuando ahora estos dos pueden captar detalles que antes les pasaron inadvertidos.

—Tú quieres decir que quizá pueda identificar al asesino.

—Sí. ¿Estás lista, Moira?

—Cuando quieras, Dan.

Media hora más tarde, se hallaban en las inmediaciones de la casa donde noches antes había tenido lugar la reunión. Aún faltaba bastante para las once de la noche. En la casa no se veía el menor signo de vida.

—Dan, me parece que estamos perdiendo el tiempo —dijo ella, al cabo de un buen rato.

—¿Por qué?

—Si el hombre que mató al Número 4 es un asesino pagado, no necesitará venir aquí para cobrar el precio convenido —dijo ella.

—Sí, lo sé, pero he estado pensando mucho y se me ha ocurrido otra posibilidad.

—Dímela, Dan.

—Stokes fue asesinado por matar a Ackers. Pero el que mató a Stokes puede venir aquí y alegar que fue él quien ejecutó el crimen y exigir los doscientos cuarenta mil dólares.

—No acabo de comprenderlo bien...

—Moira, había varios hombres y el Número 1, aunque los conociera a todos personalmente como es de suponer, los vio ya encapuchados durante la reunión. Sabía quiénes eran aquellos cuatro hombres, pero no hubiera podido señalar a uno determinado, salvo, tal vez, a Mandle, a causa de sus ostentosas corbatas. Recuérдалo, todos vestíais ropas discretas y llevabais capuchas y guantes. Además, no os asignó un número anticipadamente, sino que lo hizo a medida que llegaban los convocados, ¿no es cierto?

—Eso parece, Dan.

—De todas formas, presiento que alguien va a venir a la casa esta noche. Acaso me equivoque, pero creo que vale la pena esperar.

Moira asintió, convencida en buena parte por los argumentos de su acompañante. Arrebujada en un abrigo, ya que las noches eran todavía bastante frescas, se dispuso a esperar.

Alrededor de las once, vieron a un hombre que caminaba con

paso rápido por la acera de enfrente.

—Ahí está —susurró Burnett.

El individuo vestía ropas oscuras y, aparte de que la luz era más bien escasa, el sombrero arrojaba grandes sombras sobre su cara. Llegó a la casa y se metió sin vacilar en el jardín.

Instantes después, le vieron junto a la puerta. A los pocos segundos, el sujeto desapareció en el interior del edificio.

Burnett sacó su revólver.

—Vamos —dijo.

Echó a correr, seguido por la muchacha. Cuando estaban llegando al jardín, se oyó un ruido apagado en el interior de la casa.

—Dan —dijo ella muy asustada.

—Calla, por favor.

En cuatro zancadas, Burnett alcanzó la corta escalera que conducía a la marquesina. El ruido ya no se había repetido.

Burnett tanteó la cerradura. La llave no había sido echada. Abrió con la mano izquierda, saltó a un lado y se apostó con el revólver a punto.

En el interior del edificio reinaba un silencio absoluto. Burnett se arriesgó a encender el interruptor situado junto a la puerta.

La luz reveló una forma oscura, caída a cinco pasos de distancia, boca abajo, completamente inmóvil. Moira vio el cadáver y lanzó un sordo gemido.

Burnett se irguió, dándose cuenta, con no poco asombro, de que no estaban los negros cortinajes que Moira le había descrito tan bien. Be la puerta de entrada se pasaba a una especie de descansillo, de forma rectangular, elevado en parte sobre el suelo de la sala, amplia y espaciosa, por un desnivel que se salvaba mediante una escalera de dos peldaños.

Sí, allí, aunque no exactamente en el centro, estaba la mesa donde se había celebrado la reunión, que había concluido en una muerte y en una lotería trágica. Ahora, por segunda vez, se cometía un asesinato.

—Quédate aquí, Moira —ordenó Burnett.

Ella obedeció. Burnett descendió los dos peldaños y se arrodilló junto al cadáver, al que volvió un poco.

El cuerpo pertenecía a un hombre joven y bien parecido hasta antes del disparo. El fogonazo había chamuscado un tanto su frente,

en cuyo centro se advertía el siniestro orificio del impacto.

Burnett miró a continuación hacia la puerta del lado opuesto. ¿Adónde daba aquella puerta?

Avanzó con grandes precauciones, la abrió y vio una escalera que conducía al primer piso. Había otras puertas y supuso pertenecían a habitaciones del servicio, cocina, despensa y demás. Una de las puertas estaba entreabierta y pronto pudo ver que daba a la trasera de la casa.

El asesino había podido escapar inmediatamente por allí. Acaso, pensó con amargura, se había dado cuenta de que era vigilado. Pero el campo abierto le habría permitido huir sin dificultad. Cualquier intento de persecución, en aquellos parajes, estaba condenado de antemano al fracaso.

Regresó junto a la muchacha. Moira aparecía muy pálida.

—Busca un teléfono —indicó él—. Ya sabes lo que debes hacer en un caso como éste.

—Sí, Dan.

Burnett se arrodilló y registró las ropas del muerto. La documentación le hizo ver se había llamado Matt Penlan. Era agente de bienes raíces y administrador de un par de edificios de departamentos. Un hombre bien situado, pensó.

Moira vino a los pocos momentos.

—Ya he avisado del crimen —dijo.

Burnett se puso en pie.

—Quédate aquí —dijo—. Yo voy a registrar las habitaciones del primer piso. Recibe a los patrulleros en mi nombre.

—Sí, Dan.

El joven echó a andar, pero se volvió de pronto hacia ella.

—Moira, ¿sabes que hemos olvidado un detalle importantísimo? —exclamó, sonriendo.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—¿A quién pertenece esta casa?

CAPÍTULO VI

Dan Burnett recibió una enorme sorpresa a la mañana siguiente, cuando el sargento Mowrer le trajo un informe.

—La casa donde se cometió el crimen es propiedad de Nancy Ackers, teniente.

Burnett se quedó con la boca abierta.

—La viuda...

—Sí, señor. Según me han comunicado en el registro, es suya, quiero decir que no formaba parte de los bienes comunes del matrimonio. El pago de impuestos está en orden y sólo le falta un inquilino.

—Allí hay un inquilino, aunque la casa esté vacía —murmuró el joven mientras recordaba que, a excepción de la mesa y de once sillas, no se había visto ningún mueble en las habitaciones del edificio. Incluso faltaba toda la vajilla auxiliar en la cocina y, salvo la luz, el agua y el gas estaban desconectados.

—¿Cuál es el inquilino, señor? —preguntó Mowrer.

—La muerte, sargento.

Burnett se puso en pie.

—Sargento, voy a encomendarle una tarea, mientras yo hago una visita que estimo imprescindible en las actuales circunstancias. Vaya a la casa donde se cometió el crimen y examine la puerta, el marco y los trozos de pared inmediatamente contiguos. Llévese un agente si lo cree necesario y trate de buscar una punta conectada a una corriente de alta tensión, punta metálica puede estar envenenada... o tal vez conectada a una corriente de alta tensión.

Mowrer respingó.

—Caramba, teniente, eso le pone los pelos de punta a uno.

Burnett sonrió.

—Entonces, es cuestión de encasquetarse bien la gorra de uniforme —contestó jovialmente.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta de una lujosa residencia. Una doncella uniformada salió a recibirle.

—Soy el teniente Burnett, de la policía de San Francisco —se presentó el visitante—. Tenga la bondad de anunciarme a la señora Ackers.

—En estos momentos tiene una visita...

—Esperaré.

—Bien, señor, haga el favor de pasar.

La doncella se alejó, para regresar a los pocos instantes.

—Sígame, teniente —dijo, a la vez que le miraba críticamente, de la cabeza a los pies.

Burnett sonrió.

—A la salida le preguntaré cuál es su día libre, guapa —musitó.

—Mañana a partir de las doce —contestó ella en el mismo tono.

Luego, la doncella abrió una puerta y anunció:

—Señora, el teniente Burnett.

Una hermosa mujer, de unos treinta y seis años, avanzó hacia el visitante. Nancy Ackers vestía con cierta severidad, aunque no de luto. Era guapa de veras, pensó Burnett, aunque creyó encontrar en sus ojos cierta expresión de dureza que no le gustó demasiado.

—Teniente, ¿puedo servirle en algo? —preguntó cortésmente.

—Señora...

Había un hombre, atildadamente vestido, junto a una mesa de trabajo, el cual se puso en pie al entrar en la estancia. Era algo más joven que Nancy y de excelente apariencia.

—Perdón, teniente —se disculpó ella—. Es mi abogado, Bruce Ryan. Bruce, el teniente Burnett.

Los dos hombres se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza. Luego, Nancy se volvió hacia el policía.

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Señora, quiero preguntarle algo sobre la casa del final de la Avenida Cready —dijo Burnett.

—Ah, la casa que no conseguimos alquilar —exclamó Ryan.

—¿La tienen puesta en alquiler? Pensé que a la señora Ackers le convendría más venderla.

Nancy hizo un gesto negativo.

—No —contradijo—. Me interesa alquilarla. El precio que han ofrecido en un par de ocasiones en que he intentado el trato era realmente ridículo. Por fortuna, no necesito ese dinero y prefiero aguardar.

—Muy lógico, señora.

—Teniente, como abogado de la señora Ackers, ¿puedo preguntarle por qué le interesa tanto esa propiedad? —intervino Ryan.

—Un hombre murió anoche allí, señor Ryan.

Nancy lanzó una exclamación de horror.

—No... no puedo creerlo...

—Desgraciadamente, así es. Yo mismo vi el cadáver. Se llamaba Matt Penlan. ¿Lo conocen?

La señora Ackers hizo un gesto negativo.

—A mí me suena el nombre —dijo Ryan.

—Entre otras cosas, era corredor de fincas —añadió Burnett.

—Puede que haya oído ese nombre, pero, de todos modos, jamás tuve relación con él —manifestó el abogado—. Ahora bien, no entiendo por qué Penlan fue a morir anoche a las once en la casa propiedad de la señora Ackers.

—Bien, nosotros sospechamos que ese crimen tenga acaso algo que ver con la reunión que se celebró hace algunas noches en aquella casa y en la que se decidió el asesinato del señor Ackers.

Nancy se sentó de golpe en una silla.

—Dios mío, eso no es posible...

—Desgraciadamente, es cierto, señora. La reunión se celebró y, al día siguiente, su esposo fue asesinado.

Ella sacó un pañuelo y se secó los ojos.

—Pobre Tommie... —murmuró afligidamente—. Bueno, él se llamaba Tomlison, pero yo siempre usaba ese diminutivo... Sí, sé que tenía enemigos, pero era porque había logrado destacar en el mundo de las finanzas... Los que se reunieron para asesinarle debían de ser tipos envidiosos de su éxito...

—No se habrán quedado con los negocios, supongo —dijo Burnett.

—El difunto señor Ackers tenía un testamento muy bien hecho, asesorado en debida forma, y su viuda es ahora la propietaria de cuanto poseía —declaró Ryan con aire un tanto doctoral.

—Se comprende —sonrió el policía—. Bien, señora, no quiero seguir molestándola más. Abogado, he tenido mucho gusto en conocerle.

—Digo lo mismo, teniente.

Burnett abandonó la casa. En la puerta, guiñó un ojo a la doncella.

—Mañana, a las doce, estaré en la esquina del lado de las colinas —musitó.

—O. K. —contestó ella, con sonrisa llena de malicia.

* * *

—Me gustaría conocer un poco más a la señora Ackers —dijo Burnett.

Moira le miró inquisitivamente.

—Es muy guapa, aunque ya algo madurita —sonrió.

—Unos treinta y cinco años, magníficamente llevados. Pero no me da la sensación de sentirse una viuda verdaderamente afligida.

—Las relaciones entre ella y el difunto no eran demasiado corteses. Una vez les oí disputar como camioneros. ¡Vaya lenguaje que empleaba ella!

Burnett se volvió hacia la muchacha.

—¿Dónde fue la discusión? —preguntó.

—En el despacho, claro. Pero él se había dejado el interfono abierto...

—¿Discutieron por tu culpa?

—No, por la taquígrafa que ella encontró al ir a verle para pedirle dinero. Era una chica que quería prosperar a cualquier precio, muy exhibicionista, tú ya me comprendes.

—Sí. ¿Qué pasó con esa muchacha?

—La despidió aquel mismo día.

—Y Nancy se salió con la suya, ¿no?

—Bueno, él le dijo también unas cuantas cosas. Por lo visto, la fidelidad mutua no era la virtud más destacada de aquel matrimonio.

—Tal para cual —rezongó Burnett. Consultó la hora—. Creo que Mandle ya debe de estar de vuelta. Voy a verle. No te muevas de aquí, Moira.

—Me tienes enclaustrada —se quejó ella.

—Mo quiero que te suceda nada. A la Número 3 le hice también cambiar de domicilio. Si conociera a los otros, les diría lo mismo.

Poco después, Burnett llamaba a una puerta. El dueño de la casa le abrió personalmente.

—¿Sí? —dijo.

Mandle estaba en mangas de chaleco. Tenía suelto el cuello de la camisa y la corbata floja, pero aún se veía el enorme alfiler que brillaba sobre el tejido de seda italiana.

—Soy el teniente Burnett, de Homicidios.

—Oh, la Policía... Entre, teniente —invitó Mandle—. Acabo de llegar de viaje... Mi esposa está fuera una temporada y por eso verá la casa algo revuelta. La asistenta no es una enamorada del orden, precisamente. Pero, dígame, ¿en qué puedo servirle? ¿Quiere un trago, teniente?

—No, muchas gracias, señor Mandle...

—Ah, está _ de servicio y por eso no puede beber —dijo el gordito riendo—. Bueno, si no le importa, yo sí me tomaré un trago. Pero hable, hable sin miedo, hombre. No se vaya a creer que estoy asustado; si fuese usted un inspector del fisco...

Burnett se dio cuenta de que, pese a su actitud, Mandle se sentía un tanto nervioso. Aquel estado era provocado por una inseguridad, cuyo origen no conocía con exactitud.

—Señor Mandle, quiero que me hable de la reunión a la que asistió usted el día veintidós, a las once de la noche.

Bebía en aquel momento y se puso a toser. Su rostro adquirió una coloración purpúrea. Burnett llegó a pensar que iba a ahogarse.

Al cabo de unos momentos, Mandle recobró el aliento.

—¿Cómo lo sabe? —gritó, casi descompuestamente.

—Me lo dijo el Número 3. Ella le reconoció a usted. Le gustan mucho los alfileres de corbata. Siempre los lleva... incluso en aquella noche, en que convenía pasar inadvertido.

Mandle se sentó desmadejadamente en una silla.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Eso no se lo diré —respondió Burnett calmamente—. Pero sí quiero que usted me diga si reconoció a alguno de los asistentes a la reunión.

—Una mujer... la Número 9, Pearl Nichols...

—Su dirección, por favor —pidió Burnett, a la vez que sacaba el lápiz y la agenda.

Mandle facilitó los datos pedidos. Burnett continuó:

—¿Cómo reconoció a la señorita Nichols?

—Señora —corrigió el gordito—. Bueno, si uno no conoce a la mujer a la que ha estado manteniendo una temporadita, aunque está encapuchada...

—Ah, Pearl y usted fueron amantes.

—Sí. Ella es viuda o divorciada... qué sé yo, ni tampoco importa demasiado. Pero aquello pasó hace algunos años. Luego, Pearl se buscó a otro más joven y apuesto. Y con más dinero, claro.

—Muy bien, ya hablaré con ella —dijo Burnett—. Ahora, dígame, por favor, ¿reconoció al Número 1?

—No, en absoluto.

—¿Qué pensó de la proposición que les hizo?

—Magnífica.

—¿Hubiera aceptado dar muerte a Ackers, si le hubiese tocado en el sorteo?

—Sin vacilar, teniente. Se lo digo con toda franqueza, aunque, claro está, hubiera procurado hacer las cosas bien, para que no me echasen el guante después.

Burnett arqueó las cejas.

—Mucho odiaba usted a Ackers —comentó.

Los ojos de Mandle emitieron un brillo insano.

—Me arruinó. Por dos veces. Dos veces quedé en la miseria y dos veces conseguí rehacerme. Ahora trataba de repetir la operación.

—Eso significa que él también le odiaba a usted.

—Sí.

—¿Por qué?

Mandle se golpeó el vientre prominente.

—Hace años ya no tenía este tipo. Nunca fui alto, pero sí tenía cierta simpatía que atraía a las mujeres. La chica con la que quería casarse Ackers prefirió llamarse señora Mandle.

—¿Y él no se lo ha perdonado... en tantos años?

—Ackers jamás perdonó la menor ofensa. Era ruin y rencoroso, además de duro y carente de escrúpulos. Si usted le ganaba un dólar en cualquier negocio, podía contar con su enemistad eterna. Está

bien muerto... y anteanoche lo celebré emborrachándome.

El Número 1, pensó Burnett, debía de ser un buen psicólogo, al conseguir la reunión de las diez personas que más odiaban a Ackers. Y también tenía que estar muy bien informado de las peculiaridades de cada uno de los convocados a la lotería, de la muerte.

—Otra pregunta, señor Mandle. ¿Había diez mil dólares en el paquete que le entregaron durante la reunión?

—Sí, claro.

—No comprendo —dijo el joven—. Si sólo uno debía recibir el premio gordo de esa lotería, ¿por qué premiar también a los otros asistentes a la reunión? Claro que murió uno, el Número 8, pero aun así, si no hubiera querido marcharse, el Número 1 regaló cien mil dólares en aquellos momentos. Se ahorró diez mil por la muerte del Número 8, pero esto no invalida la cuestión. Sigue siendo una cifra muy elevada.

Mandle se encogió de hombros.

—La verdad, no quiero preocuparme más de este asunto —manifestó—. Ackers ha muerto y yo no pienso llevarle flores a la tumba. ¡Bien muerto está! —concluyó con feroz acento.

Burnett meneó la cabeza. Ciertamente, aunque Ackers viviese, no hubiera sido sujeto digno de envidia, pese a su elevada posición.

—Señor Mandle, ¿sabía usted que Terry Stokes, Número 4, y Matt Penlan, Número 2, han muerto asesinados?

Los ojos del gordito se abrieron desmesuradamente.

—¡No! —musitó.

—He tenido la desgracia de ver sus cadáveres.

—Pero ¿por qué los han asesinado?

—Eso es precisamente lo que trato de averiguar. ¿Se le ocurre a usted alguna hipótesis sobre el particular?

Mandle movió la cabeza enérgicamente.

—No, en absoluto —contestó—. ¡Pero eso significa que yo también puedo ser asesinado!

—Tal vez —convino Burnett tranquilamente—. Haga sus maletas y escóndase, pero no deje de indicar su domicilio al sargento Mowrer, de Homicidios. Podríamos necesitarle en cualquier momento.

—Así lo haré, teniente. Y gracias por advertirme... Oiga, ¿no tendré complicaciones por haber asistido a aquella reunión?

—No, a menos que se demuestre que es usted el asesino.

CAPÍTULO VII

Las cosas se complicaban hasta lo inverosímil. ¿Por qué habían tenido que morir dos de los asistentes a la reunión, sin contar con el Número 8, del que no se sabía a ciencia cierta si era un cadáver auténtico o un cómplice del Número 1?

Burnett viajaba en su coche con la mayor rapidez posible, aunque sin hacer sonar la sirena. Debía entrevistarse cuanto antes con Pearl Nichols.

Una cosa parecía cierta: muchos de los asistentes a la fatídica reunión se conocían entre sí, aunque, al menos así lo hacían ver las apariencias, habían fingido un desconocimiento total en aquellos momentos. Pero quizá la señora Nichols conociese a otro y...

Pearl Nichols era una mujer alta, ya madura, de abundante pechuga y rostro muy maquillado. Debía pelearse a diario con la báscula, pensó Burnett, al contemplarla.

Ella le miró curiosamente, después de que Burnett hubiera expuesto sus pretensiones.

—No admitiré nada —dijo.

—Señora...

—Haga lo que guste, teniente. No puede obligarme a declarar que estuve presente en la reunión que se celebró la noche del veintidós en la casa de la Avenida Cready.

—Hay un testigo que la reconoció.

—¿Quién, teniente?

—Lark Mandle.

—Ah, el buen Larkie. En tiempos fue un muchacho encantador. Ahora es una bolita de grasa, con dos piernas. Pero siempre fue muy simpático.

—Sí, eso ya me lo dijo él. Bien, señora, no admita que asistió a

la reunión; pero, dígame, ¿por qué odiaba a Ackers?

Pearl entornó los ojos.

—Teniente, ¿cuántos años me calcula usted? —preguntó inopinadamente.

—Pues... unos treinta y siete...

Ella emitió una risa sarcástica.

—Ponga seis más —dijo—. Teniente, yo me casé a los diecisiete años. Uno más tarde, tuve una hija. Ahora debería tener veintidós o veintitrés...

—¿No lo sabe exactamente?

—¿Qué importa un año más o menos? Es cierto, me divorcié hace quince años y no he vuelto a ver jamás a mi ex esposo ni me importa lo que pudiera sucederle. Cuando el marido se emborracha y luego sacude a la mujer con el mango de la escoba, se le envía al diablo primero y luego se le olvida para siempre.

—Siga, señora.

—Ackers conoció a mi hija. La sedujo, por decirlo con suaves palabras. Mary, así se llamaba ella, llegó a creer que Ackers se divorciaría de su esposa para casarse con ella. Cuando supo que Ackers sólo había querido divertirse un poco, empezó a beber y a drogarse. Murió hace un año escasamente. ¿Quiere que le diga el aspecto que tenía aquella pobre muchacha en el momento de su muerte?

—No; he visto algunas y sé cómo quedan —contestó Burnett, muy impresionado por la respuesta de Pearl.

—Me alegro de que alguien le hubiese pegado cuatro tiros a Ackers. Si me hubiese tocado la bola con la letra eme, yo le habría matado sin vacilar.

—Y luego hubiera cobrado los doscientos cuarenta mil dólares.

—Sí, aunque, lo hubiera hecho gratis.

—Pero le regalaron diez mil dólares.

—No es sino una especie de reparación. Los acepté.

De pronto, sonó el teléfono.

—Discúlpeme —dijo Pearl.

Junto al teléfono, había un supletorio. Burnett alargó la mano.

—Si no le importa...

Ella se encogió de hombros. Burnett escuchó segundos más tarde la voz de un hombre:

—¿Pearl? Soy Larkie... Te he llamado antes, pero no contestabas...

—Estaría en el baño, seguramente. Discúlpame, Larkie. Dime, ¿qué te sucede?

—Verás, ha estado a verme un policía...

Un sonido extraño, seco y corto, interrumpió bruscamente a Mandle. Los ojos de Pearl se dilataron por el horror.

Sonaron dos disparos más. Luego, a través del teléfono, se oyó claramente el ruido de la caída de un cuerpo humano.

—¡Dios mío! ¡Lo han matado! —chilló Pearl.

Burnett se sentía igualmente atónito, aunque supo reaccionar instantes más tarde. Quitó el teléfono de manos de la mujer y marcó el número de la jefatura.

* * *

—Nadie vio entrar o salir al asesino —dijo Burnett a la mañana siguiente, mientras desayunaba con Moira.

—¿No será un asesino fantasma? —exclamó ella.

—Esto no es cosa de broma, muchacha. Ya han muerto tres de los asistentes a la reunión, sin contar con el Número 8, del que no sabemos a ciencia cierta si murió o sólo fue un simulacro. Pero no tenemos la menor idea de los motivos del asesino.

—El dinero, tal vez.

—No. En los tres casos han aparecido los diez mil dólares. Tú eres la excepción y aún no comprendo por qué te dieron recortes de periódicos en lugar de billetes.

—A mí también me resulta extraño. No puedo explicármelo, Dan.

Burnett se limpió los labios con la servilleta.

—Bien, tengo que dejarte. A las doce debo acudir a una entrevista —dijo.

—¿Alguien importante?

—Por lo menos, puede decirme algo de interés —sonrió él.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Joven y atractiva?

—No está mal.

—¿Profesión?

—Doncella.

—¿Eso es una profesión... o un estado? —preguntó Moira, maliciosamente.

—Profesión. Es la doncella de la señora Ackers.

—Ah, vaya, de modo que ahora te dedicas a las criadas...

—La servidumbre de las personas adineradas ha sido siempre una excelente fuente de información —contestó Burnett.

—Sobre todo, si se sabe cómo sonsacarles los secretos.

—Eso ya es cuestión de habilidad, preciosa.

—¿Habilidad o encanto personal?

—Pongamos mitad y mitad. ¡Este oficio es terriblemente sacrificado!

—No te hagas el mártir. Vas a trabajar de la mejor manera posible: divirtiéndote y pasándolo en grande.

—¿Quién sabe? A lo mejor, la doncella resulta una fortaleza inexpugnable.

—¿Piensas asaltar esa fortaleza?

—Por lo menos, lo intentaré. Sigue aquí, Moira.

—¡Qué remedio! —Se resignó la muchacha.

Antes de acudir a la cita, Burnett fue a su oficina, en donde tenía que despachar algunos asuntos rutinarios. Había policías que atendían a la gente. Burnett oyó al pasar algunas quejas hartamente conocidas.

Una mujer, todavía joven y no mal parecida, denunciaba la desaparición de su esposo.

—¿Cuándo ocurrió, señora Mavour?

—El día veintitrés. Salió de casa temprano y ya no he vuelto a verle —dijo la mujer.

—¿Se le ocurrió llamar a la oficina de personas desaparecidas?

—¡Qué oficina ni qué...! Mi marido era actor. Y, además, sin trabajo...

Burnett siguió adelante, sin parar mientes en la conversación. Despachó con la ayudante y, a las once y media, se puso en pie.

El sargento Mowrer llegaba en aquel momento con un pequeño objeto en la mano.

—Lo hemos encontrado, señor —informó.

El objeto estaba envuelto en un pañuelo de papel, que Mowrer

desenvolvió cuidadosamente. Burnett divisó una aguja de unos cinco centímetros de largo y de sección triangular, con una punta finísima. Había unas manchas extrañas desde la punta hasta un par de centímetros antes de la bala.

—¿Dónde lo encontró, sargento?

—En el suelo, al pie de la puerta, en el intersticio de dos tablas. Luego hemos examinado el picaporte y hemos advertido que la manija está hueca. Aunque no lo he probado, juraría que la aguja encaja exactamente en el hueco.

Burnett asintió pensativamente. Sí, era muy posible que el Número 8 hubiese muerto.

—Llévelo al laboratorio —indicó—. ¿Han encontrado más cosas en el edificio?

—No, señor...

—Sargento, siento mucho tener que darle esta orden, pero debe volver de nuevo a aquella casa.

—Bien, teniente. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Llévese un par de hombres. El jardín es relativamente extenso. Busque señales de una tumba clandestina.

—Oh... —Mowrer hizo un parpadeo de asombro—. Bien, señor; iré allí apenas haya entregado esto en el laboratorio.

—Gracias, sargento.

* * *

La chica abrió la portezuela y se sentó junto al conductor.

—Me llamo Sue Liggeth —dijo.

—Dan —contestó el teniente Burnett.

—Encantada —rió Sue—. Sigue adelante y tuerce a la derecha en la primera bocacalle.

—Muy bien, nena, tú me mandas.

Ella soltó una risita.

—Eso es lo que me gustaría —dijo—. De modo que teniente de policía, ¿eh?

—Ya ves, en carne y hueso.

Sue tocó apreciativamente el brazo derecho del joven.

—Buena carne y buenos huesos —rió—. Oye, ¿qué diablos le pasa a la pájara?

—¿Quién es la pájara?

—Ella, la señora Ackers, naturalmente.

—Muy guapa, por cierto.

—Se cuida mucho. Pero ya es un vejestorio...

—¡Sue!

—Detesto a las mujeres que quieren seguir siendo unas jovencitas. Pero me paga bien, al menos, no le puedo negar esa virtud.

—Oh, en este mundo nadie es enteramente malo. Pero ¿qué tiene de malo la señora Ackers, si te paga generosamente?

—El abogado.

—¿Ryan?

—Sí.

—Es muy apuesto.

—Pero un témpano de hielo.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Hombre, no ha intentado pellizcarme ni una sola vez!

Burnett se echó a reír ante el pintoresco lenguaje de Sue.

—Bueno, hay hombres... misóginos —dijo.

—Dan, si te refieres a «eso», nada de nada. He sorprendido más de una vez a la viudita y al abogado en cada situación que... ¡Menudo par de volcanes!

—De modo que se gustan mutuamente.

—Sí.

—¿También cuando vivía el marido?

—Oh, desde luego. Pero antes eran mucho más discretos.

—Lógico, nena.

—Ahora, él viene a diario. Incluso dos veces al día o más.

—Acabarán casándose.

—Desde luego. Él es guapo y ella, a pesar de lo que he dicho, no está mal y, además, tiene dinero.

—Eso suele pasar, Sue —dijo Burnett filosóficamente.

Ella soltó una risita.

—¿De qué te ríes? —preguntó el joven, intrigado.

—Del abogado. ¡Está muerto de hambre!

—A ver, explícate, Sue.

—Lo he dicho bien claro. ¡Vaya manera de tragar!

—Es hombre de buen apetito, ¿eh?

—Voraz. ¿Está bien dicho?

—Correctísimo. De modo que come mucho.

—Sí. Ayer mismo se comió un pollo entero y cuatro huevos duros, además de media docena de plátanos. Eso sin contar con la ensalada y otras menudencias. Cuando vi su plato vacío, me quedé sin aliento, créeme.

—Por lo visto, tú sirves la comida.

—Claro, hombre.

—¿Y qué dice la cocinera?

—Lo mismo que yo: que es un tragón. Oye, ¿no se dice eso de que hay que comer para vivir y no vivir para comer?

—Suele decirse eso, desde luego —sonrió Burnett.

—Bueno, en este mundo, desde luego, hay que vivir también para algo más que comer. Arrima el coche a la acera, Dan.

Burnett obedeció.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

Sue sonrió maliciosamente, a la vez que señalaba una cafetería de aspecto muy discreto.

—Ahí sirven unos almuerzos estupendos... en unos reservados encantadores —dijo—. Y yo quiero que me invites a almorzar, como premio a la información que te estoy proporcionando.

Burnett se apeó, con la sonrisa en los labios.

—Seguramente, tienes todavía muchas más cosas que contarme —dijo.

—Sí, seguro —convino la locuaz doncella.

CAPÍTULO VIII

A media tarde sonó el teléfono en la casa del teniente. Emily atendió la llamada y luego miró a la muchacha, que estaba sentada en un diván cercano.

—Es para Dan —dijo el ama de llaves—. Una mujer —añadió.

Moirá se puso en pie.

—Déjeme, yo atenderé la llamada —pidió. Tomó el teléfono y añadió—: Soy la ayudante personal del teniente Burnett —mintió descaradamente.

—Oh —dijo la mujer—. Yo quería hablar con él en persona...

—Lo siento, está ausente. Pero puede dejarme su mensaje, señora.

—Es que... es muy personal...

De súbito, Moirá adivinó la identidad del comunicante.

—¡Usted es la Número 3! —exclamó.

—¿Cómo lo sabe? —gritó Bonnie Pence, al otro lado del hilo.

—La voz, mujer, la voz.

—Soy una tonta... Debería haber puesto un pañuelo delante del micrófono...

—Bueno, no tema. Como ayudante del teniente, estoy enterada de las investigaciones. Dígame lo que le sucede. El está fuera y no sé cuándo volverá.

—Sí, será lo mejor. Escuche, creo que he reconocido a otra de las mujeres... Usted ya sabe a qué me refiero, ¿no es así?

—Conozco la historia al detalle, señorita Pence. ¿Quién es?

—La Número 11. Eva Carr. Vive en la calle Spence, doscientos diez. Lo sé, porque he consultado la guía de teléfonos.

—Pero conocía a esa mujer.

—Sí. He estado pensando mucho tiempo. —Bonnie soltó una

risita—. Le seré franca. También la he reconocido por la voz.

—Vaya, qué sorpresa...

—Eva y yo fuimos amigas en otros tiempos. Luego nos distanciamos. Tiene dos o tres años más que yo, aunque ahora no sé a qué se dedica.

—Señorita Pence, ¿está segura de que se trata de su amiga?

—Sí, segurísima. Mire, le diré una cosa: acabo de hablar por teléfono con ella y sólo le dije: «Hola, Número 11». Eva ha colgado de inmediato, ¿comprende?

—Por supuesto. Muchas gracias, señorita Pence. Se lo comunicaré así al teniente en cuanto llegue.

Moira dejó el teléfono en su sitio. Mordiéndose los labios, reflexionó durante algunos segundos.

No tenía la menor idea del lugar en que se hallaba Dan en aquellos momentos, ni tampoco sabía cuándo pensaba regresar. ¿Por qué no visitar a Eva Carr en persona y hacerle las mismas preguntas que, sin duda, le haría Burnett?

Ya no se lo pensó dos veces. Corrió a su dormitorio, se cambió de ropa rápidamente y, con el bolso en la mano, bajó velozmente a la sala.

—¡Emily! —gritó.

—Sí, señorita —contestó el ama de llaves.

Moira anotó algo en la agenda que había junto al teléfono.

—Si vuelve Dan, dígame que lea esto —indicó.

—Muy bien, señorita.

La joven salió a la calle. Su coche estaba en el garaje de la casa donde vivía. Caminó unos pasos y, de pronto, vio un taxi libre.

Agitó el brazo. El vehículo se detuvo de inmediato.

—Spence, doscientos diez —indicó.

—Sí, señora —contestó el taxista.

Moira encendió un cigarrillo para aplacar sus nervios. Pensó en las posibles respuestas que recibiría de Eva Carr. ¿Cuáles habían sido sus relaciones con la víctima?

—No cabe duda: Ackers era un hombre detestado por todos —musitó.

Los minutos se le hicieron siglos hasta que, al fin, oyó la voz del conductor:

—Aquí es, señora.

Moira abonó el importe de la carrera. Saltó del coche y contempló el edificio. Antiguo, pero bien conservado. Posiblemente, los pisos habrían sufrido modificaciones, para mejorarlos, modernizándolos. Allí vivía gente de dinero, aunque discreta, calculó.

Entró en la casa. Un atildado conserje atendió su petición.

—Octava planta, letra E —informó.

—Muchas gracias.

Había dos ascensores. Moira entró en uno de ellos. La puerta del otro se abrió cuando su ascensor empezó a funcionar. Ni siquiera tuvo tiempo de ver al hombre de mediana edad, apoyado en un bastón, que cruzaba el vestíbulo, cojeando levemente.

Momentos después, se detenía ante la puerta del departamento de Eva Carr. Presionó el timbre de llamada y esperó.

Nadie respondió. Insistió de nuevo.

Extrañada, se preguntó si Eva Carr habría huido después de la llamada de Bonnie. Asió el pomo, lo hizo girar y comprobó que la puerta no tenía puesto el seguro.

Asomó un poco la cabeza.

—Señorita Carr...

De pronto, un ligero olor llegó a su pituitaria.

Moira se puso pálida. Había estado en la policía. Conocía muy bien el olor a pólvora.

Segundos después, vio dos pies que asomaban en parte por la puerta del dormitorio. Sintióse tentada de escapar, pero se obligó a sí misma a entrar en la estancia.

Sus piernas temblaban convulsivamente. Eva Carr yacía en el suelo, a cierta distancia de la cama, vestida solamente con prendas íntimas. En el centro del pecho había un agujerito del que manaba la sangre lentamente.

Los ojos de la mujer estaban desmesuradamente abiertos y miraban al techo. De pronto, Moira percibió a sus espaldas el leve rumor de una respiración.

Un espantoso terror invadió su ánimo. ¡El asesino estaba todavía en la casa! ¡Ella lo había sorprendido antes de que pudiera escapar y ahora se disponía a cometer un nuevo crimen!

Una mano se apoyó en su hombro.

—No grites —dijo el hombre que estaba tras ella.

El aire que había almacenado en los pulmones de Moira, para lanzar un agudo grito de terror, salió lentamente.

—Dan —musitó.

—Hacía apenas cinco minutos que te habías ido cuando llegué yo —explicó él—. Vi tu nota y... ¿Quién te avisó?

—La chica de la bañera.

—Ah, Bonnie Pence.

—Sí. Di... dijo que había estado pensando mucho y que había llegado a la conclusión de que tenía que conocer a una de las mujeres que asistieron a la reunión. Tenía el número once...

—Y se llamaba Eva Carr. ¿No te dio más datos?

—No. Yo... yo quería que adelantases en tus investigaciones...

—Comprendo. Sal fuera y avisa a Homicidios.

—Lo que tú digas, Dan.

Moira temblaba aún de miedo cuando levantó el teléfono. Mientras, Burnett se arrodillaba junto a la muerta.

Resultaba inexplicable que hubiese alguien dedicado a asesinar a los asistentes a la reunión, se dijo. En un principio, podía haberse pensado en el móvil que era intentar la recuperación de noventa mil dólares, pero, tanto en casa de Penlan como en la de Stokes, habían sido hallados los dos paquetes con diez mil dólares cada uno.

¿Cuáles eran, en realidad, los motivos auténticos de aquellos asesinatos?

Ya no se podía hacer nada por Eva Carr. Moira se asomó de nuevo al dormitorio.

—Ya he dado el aviso, Dan.

—Gracias. ¿Tienes guantes en el bolso?

—Sí.

—Póntelos. Empieza a buscar diez mil dólares por todas partes.

—De acuerdo, Dan.

Luego se produjo el jaleo acostumbrado. Vinieron policías de uniforme, miembros del equipo de Burnett, para buscar huellas, el fotógrafo, el forense... Al fin, los sanitarios se llevaron el cadáver de Eva Carr.

Burnett se preguntó quién reclamaría los diez mil dólares que habían sido encontrados en el departamento. ¿Tenía familia la

muerta?

Varios de sus ayudantes se dispersaron para averiguar quiénes conocían a Eva Carr y así obtener más datos. El conserje de la casa dijo que había visto a un desconocido entrar sobre las siete de la tarde.

—Era un caballero distinguido, de mediana edad y que usaba bastón, ya que padecía una ligera cojera. Me preguntó por el departamento de los señores Vanderbilt y yo se lo indiqué. Está en la cuarta planta...

Los señores Vanderbilt negaron haber recibido ninguna visita aquella tarde. Además, no conocían a ningún hombre de las características descritas por el conserje. No conozco a nadie que use bastón porque sea cojo, remató el señor Vanderbilt su declaración ante el teniente.

Burnett asintió. El asesino se había documentado antes de entrar en la casa. Había fingido ir a visitar a unos inquilinos, cuando su propósito auténtico era el de asesinar a Eva Carr.

—Lo cual significa que iba perfectamente disfrazado —dijo.

* * *

A la mañana siguiente, cuando Burnett cruzaba las oficinas para dirigirse a su despacho, oyó de nuevo la voz de la señora Mavour.

—Eso es imposible. A mi esposo no se lo ha tragado la tierra —decía la mujer—. Si no aparece, es que lo han asesinado.

—Pero, señora...

El agente que atendía a la señora Mavour no sabía cómo quitársela de encima.

—Ustedes tienen la obligación de escucharme —pro testó la mujer—. Mi esposo ha sido asesinado y quiero que encuentren al criminal.

—Señora, ¿tiene usted siquiera indicios mínimos de que haya ocurrido una cosa tan espantosa?

De pronto, la mujer reparó en Burnett, quien en aquellos momentos pasaba junto a ella.

—Eh, oiga, teniente...

Burnett se volvió.

—Señora —sonrió.

—He visto su fotografía estos días en los periódicos. Dicen que es un buen sabueso. ¿Por qué no se encarga de buscar a mi marido o a su asesino?

—¿En qué quedamos, señora? ¿Ha muerto o simplemente ha desaparecido?

Ella apretó los labios.

—Temo lo peor, teniente —dijo—. Últimamente, mi esposo estaba sin trabajo y las cosas no nos marchaban bien, pero hace un par de semanas le salió una buena oportunidad. Era actor de teatro, ¿sabe?

—¿Cómo se llamaba, señora?

—Mavour, Sonny Mavour. Mi nombre es Adelaida, pero el pobre Sonny me llamaba Ada, simplemente. Decía que era más barato... Hubo un tiempo que tenía mucho éxito. Trabajaba en un café-teatro y hacía imitaciones perfectas de los políticos y personajes más conspicuos. Cuando se disfrazaba de Ford, parecía el presidente mismo, créame.

Burnett frunció el ceño.

—Señora, ayer me pareció oírla quejarse de la desaparición de su esposo. ¿Cuál fue el último día que le vio?

—El veintitrés, teniente. Salió de casa a las ocho y media, cosa que me extrañó bastante, porque no era madrugador, pero dijo que su nuevo trabajo le exigía llegar puntualmente a la oficina...

—¿Una oficina? ¿Le dijo dónde estaba?

—Eso no. Pero tampoco me importaba; lo único que yo quería era que ganase un poco de dinero. Ya teníamos muchas deudas, ¿comprende, teniente?

Burnett estudió a la mujer durante unos instantes. Cuarenta años, cuerpo exuberante, ropas modestas, pero limpias y expresión apacible. Una verdadera ama de casa... casada con un botarate, podría pensarse a primera vista.

—¿Cuántos años tenía su marido, señora?

—Cuarenta y seis. Pero se conservaba muy bien...

—Y dice que sabía imitar a la perfección a cualquier personaje famoso.

—Sí, desde luego.

Nellie, la ayudante de Burnett, le llamó desde el antedespacho.

—Teniente, el sargento Mowrer al teléfono. Dice que es urgente.

—¡Un momento, Nellie! —contestó el joven, a la vez que levantaba una mano. Bart se dirigió al agente que atendía a la señora Mavour—, encárguese de pedir un mandamiento de exhumación. Quiero comprobar algo que se nos pasó por alto el día veintidós.

—¿Cuál es el nombre del difunto, teniente?

—Tomlinson W. Ackers. En cuanto tenga la autorización, prepare un equipo dactiloscópico. Señora Mavour, ¿estuvo detenido su esposo en alguna ocasión?

—Oh, no, jamás. Sonny fue siempre un hombre muy respetuoso con la ley...

—¿No tiene en casa algo en donde aparezcan sus huellas dactilares? ¿Sirvió tal vez en la Marina? ¿Estuvo en el ejército?

—Bueno, en casa hay un par de botellas... El tomaba un trago de cuando en cuando... Supongo que habrán quedado huellas...

—Ya ha oído, Bart —dijo Burnett—. Haga eso que le he dicho. Que alguien atienda a la señora Mavour. Vuelvo enseguida.

—Sí, teniente. Siéntese, señora, por favor.

Burnett corrió a su despacho. Nellie le entregó el teléfono.

—El sargento Mowrer dice que ya le sale barba —sonrió.

—A mí me van a salir canas —rezongó el joven—. Diga, sargento.

—Usted tenía razón, señor. Había una tumba clandestina en el jardín de la casa de la avenida Cready. Ya hemos avisado al forense y demás.

—¿Han encontrado documentación sobre el cadáver?

—Teniente, ese hombre nació desnudo y desnudo ha vuelto a la tierra —respondió Mowrer melodramáticamente—. No llevaba nada encima que permitiese identificarle.

—Se equivoca, sargento. A ese hombre le quedan todavía las huellas dactilares. Aún no ha pasado el tiempo suficiente para que la piel de las yemas de los dedos haya desaparecido a causa de la descomposición orgánica.

* * *

Cuando Burnett creía tener en la mano todos los hilos de la trama, se encontró con que era más complicada que nunca.

El muerto encontrado en el jardín era Doug Linton, comerciante al por mayor. Las causas de la muerte se debían a un rápido envenenamiento de la sangre, producido por el pinchazo de una aguja embadurnada con un tóxico potentísimo.

—Curare —informó el forense lacónicamente.

«Entonces, Moira tenía razón: Linton era el Número 8 y murió realmente en aquella casa», pensó Burnett.

Otra de las complicaciones consistía en el cadáver enterrado en la sepultura correspondiente a Ackers.

El muerto no era Ackers, sino Sonny Mavour, el actor capaz de imitar a la perfección a cualquier personaje.

—Eso quiere decir una cosa, Dan —murmuró Moira, mientras le servía una copa, al atardecer de un día terriblemente agitado.

—A ver, habla —pidió Burnett.

—Ackers está vivo.

Moira se estremeció.

—¡Dan! ¡Qué cosas dices! —se escandalizó.

—Ackers está vivo —insistió él—. Es más, juraría que fue él mismo quien os citó y organizó aquel sorteo.

La joven se sentó en un butacón y apoyó la cara en las manos.

—Pudiera ser, aunque la voz...

—No sería el único que la disfrazó. ¿Y quién mejor que el propio Ackers para conocer a las personas que más resentidas estaban contra él?

—Eso sí es cierto —admitió Moira, muy pensativa—. Pero aun dando por sentado que Ackers estuviera vivo, ¿por qué organizar semejante comedia?

—Moira, ya no es una comedia, sino una tragedia. Tal vez Ackers se sentía amenazado muy seriamente y quizá por alguien que no era ninguno de los convocados.

—Con lo cual, contratando a Mavour y haciéndolo asesinar, eliminaba así esa amenaza de muerte.

—Justamente, aunque también pudiera existir otro motivo.

—¿Cuál, Dan?

—Dificultades económicas, Moira.

—¿Difi...? ¡Oh, no, en absoluto! ¡Era un hombre riquísimo! —protestó la muchacha.

—Moira, he conocido a hombres riquísimos que se han visto en

la miseria de la noche a la mañana. Bueno, yo no quiero decir que Ackers se quedase completamente pobre, sino que, simplemente, iba a perder grandes sumas de dinero. Puesto que conocemos bastante su idiosincrasia, podemos pensar que no le agradaba el papel de hombre de negocios arruinado.

—Y entonces ideó el ardid de contratar a Mavour para que se hiciera pasar por él.

—Exactamente. Es de suponer que le instruyera durante algunos días en las cosas más corrientes, a fin de que la gente no sospechase nada; pero, en todo caso, Mavour no sabía que había sido contratado para ocupar realmente el papel de víctima.

—De todos modos, Dan, hay algo que no acaba de encajar en estas hipótesis —dijo la muchacha.

—Bien, dime de qué se trata.

—El dinero. No hablo de los doscientos cuarenta mil dólares que el asesino no llegó a cobrar siquiera, sino de los noventa mil que repartió... Bueno, en realidad fueron ochenta mil, puesto que a mí me tocaron los recortes de periódico y el Número 8 no se llevó su paquete de dinero. ¿Por qué repartir una cifra tan elevada?

—Moira, quizá Ackers pensó en desaparecer para siempre, adoptando una nueva personalidad. Es posible que no lleguemos a saberlo, pero tal vez se sintió parcialmente arrepentido y quiso compensar a sus víctimas con cierta suma de dinero, por las canalladas cometidas. Cuando un hombre recurre a ciertos procedimientos excéntricos, es capaz de todo.

Ella hizo un gesto de duda.

—¿Qué me dices de Eva Carr? ¿Se conocen los motivos de su resentimiento hacia Ackers?

—Desdén, celos... Parece ser que hubo un tiempo que llegó a pensar en convertirse en la señora Ackers, tras el consiguiente divorcio de la actual..., pero yo tengo la sensación de que, pese a todo, Ackers quería a su mujer. Aunque disputase con ella constantemente, aunque le fuese infiel, aunque sabía que ella tampoco era un dechado de fidelidad...

—Al menos la conocía bien —sonrió Moira.

—Sí. Por tanto, es posible que no quisiera pasar por el inevitable período de conocimiento íntimo que sigue al matrimonio y que, a veces, dura años.

—O toda la vida.

—Bueno, como sea, Eva Carr no consiguió lo que quería y por esa razón tenía una cuenta que saldar con él.

—Dan, tengo que hacerte una pregunta —dijo la muchacha.

—Sí, Moira.

—¿Has hablado ya con la señora Ackers?

—Todavía no. He llamado a su casa y me han dicho que está ausente. Mañana me entrevistaré con ella, a mediodía.

—¿Crees que Nancy Ackers puede estar de acuerdo con su esposo?

Burnett enseñó las palmas de las manos.

—Mañana podré decirte algo al respecto —contestó.

CAPÍTULO IX

Sue Liggeth guiñó un ojo al abrir la puerta.

—Mañana tengo día libre —bisbiseó. Luego alzó la voz—: ¡Buenos días, teniente! Voy a avisar a la señora Ackers...

—No es necesario, Sue —se oyó de pronto la voz de la aludida—. Teniente, haga el favor de pasar. Burnett se quitó el sombrero.

—Muchas gracias, señora.

Bruce Ryan, el abogado, estaba también en la casa. —Hola, teniente— sonrió—. ¿Quiere algo de beber? —Café, si tienen caliente.

—Claro.

Nancy Ackers se sentó tras la mesa de trabajo.

—Teniente, estoy dispuesta —manifestó.

—Señora..., no sé cómo decírselo... Yo recuerdo muy bien que usted fue hace unos días a la Morgue, con el señor Ryan, e identificó el cadáver de su esposo...

—Sobre eso no cabe la menor duda, teniente —dijo el abogado, a la vez que entregaba a Burnett una taza con un plato.

—Siento decirles que ambos están equivocados. —Burnett decidió soltar la noticia de golpe—. El cadáver que vieron no era el del señor Ackers, sino el de un actor de teatro, especializado en caracterizaciones de personajes famosos.

—Oh, no, eso no puede ser... —gimió Nancy.

—Teniente, me deja estupefacto —manifestó Ryan—. Conocía a Tomlinson W. Ackers desde hacía muchos años y no pude equivocarme en la identificación. ¿Cómo pueden asegurar tal cosa?

—Es bien sencillo: las huellas dactilares.

Ryan asintió.

—En tal caso, no cabe la menor duda —dijo.

Nancy estaba sentada en el sillón, con las manos crispadas sobre los brazos del mueble.

—Teniente, esto es espantoso —dijo—. Mi esposo... desaparecido... Pero ¿por qué?

—Eso es lo que tratamos de averiguar, señora. Ya no cabe la menor duda de que contrató al actor, para que desempeñase su papel. Indudablemente, se sentía amenazado de muerte... ¿Le oyeron hablar algo en tal sentido?

Ryan soltó una risita.

—Teniente, el señor Ackers era un triunfador en los negocios. Tenía enemigos por todas partes, gente ruin, envidiosa y llena de rencor, que no podía perdonarle sus éxitos. Más de una vez le amenazaron, pero él no hizo caso jamás de lo que consideraba tonterías.

—Ahora, por lo visto, el asunto era algo más que una tontería. Alguien ejecutó esa amenaza, aunque ignorando que la víctima no era sino un doble de Ackers.

—Siento no poder decirle nada al respecto —contestó el abogado—. Créame, nosotros nos sentimos tan sorprendidos como usted al enterarnos de que el señor Ackers está vivo.

—No puedo creerlo —añadió Nancy—. ¡Pero eso significa que se ha escondido! ¡Se ha escondido de mí, de su esposa, de la mujer que le amaba más que a nada en el mundo!

—¿No hay algún rastro de él, teniente? —preguntó Ryan.

—Lo siento. Pero quizá no ideó el plan de su falsa muerte por temor a las amenazas.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Dinero, señor Ryan.

—Explíquese, por favor.

—Sospechamos que los negocios del señor Ackers no marchaban tan bien como aparentaban...

—¡Absurdo! ¡Demencial! —protestó el abogado vivamente—. Estoy muy al corriente de los negocios del señor Ackers y puedo asegurarle que marchan más prósperamente que nunca. Quien diga una cosa así, miente.

Burnett sonrió.

—Perdón, yo sólo me he limitado a expresar unas sospechas y me alegro infinito que no tengan ningún fundamento. Por tanto,

tendremos que atenernos a la hipótesis de las amenazas de muerte. Recuerde que en esta ocasión, esas amenazas se ejecutaron.

—Sí, por eso lo hizo, seguramente —convino el abogado.

—Bien, ya no quiero seguir molestándoles más. Por favor, si el señor Ackers se pusiera en contacto con ustedes, avísenme inmediatamente.

—Así lo haremos.

Burnett dirigió una inclinación a Nancy Ackers. Ella no contestó siquiera. Tenía los ojos cerrados y estaba profundamente conturbada.

Para Burnett, algunas de las respuestas contenían evidentes falsedades. Pero ¿cómo separar la verdad de la mentira?

Cuando salía de la casa, Sue, en la puerta, volvió a guiñarle un ojo.

—¿Mañana?

—No puedo garantizártelo, preciosa.

—Haz un esfuerzo, hombre.

—Lo intentaré.

Burnett subió a su coche. Mientras se alejaba lentamente, pensó en todo lo sucedido hasta aquel momento.

De repente, se le ocurrió que debía hacer una visita. El caso Ackers era como una especie de pieza de hierro frío, a la que debía dar forma golpeando incesantemente.

Uno de los golpes debía ser dirigido de nuevo a Pearl Nichols.

* * *

La mujer le miró duramente.

—De modo que ese canalla contrató a otro para que muriese en su sitio —dijo—. No me extraña, era capaz de las mayores vilezas.

—Sí, pero ha muerto bastante gente, señora Nichols. Incluso un buen amigo suyo, recuérdelo.

Pearl se puso seria.

—Larkie fue siempre un tipo excelente —dijo—. Su mala suerte fue topar con Ackers.

—Usted también se encontró con él.

—Yo, no; mi hija...

—Para el caso, es lo mismo. Señora Nichols, ahora ya conoce la

situación. Sea franca, por favor.

—Lo he sido siempre, teniente —replicó Pearl agudamente.

—Perdone que la contradiga. Usted me ha ocultado algo.

—Le dije todo...

—No. —Burnett decidió emplear un tono firme con el objeto de impresionar a la mujer—. Usted sabe más cosas todavía.

—¿Por ejemplo?

—Once personas acudieron a la reunión: cinco hombres y seis mujeres. Hemos de descontar a los números uno y ocho por razones obvias. Quedan tres hombres y seis mujeres.

—Sí, las cuentas salen justas —contestó Pearl sarcástica—. Pero ahora debe descontar también los muertos.

—Claro. Los tres hombres y una mujer. Por tanto, quedan cinco mujeres. Conozco a tres, de las que dos están seguras. Quedan otras dos... y éste es un asunto en el que las faldas han jugado un papel muy importante.

—Eso sí es cierto —admitió ella.

—Por lo tanto, creo que usted conoce a algunas de las mujeres que asistieron a la reunión. Prácticamente, casi todos se conocían, aunque, por razones obvias, fingieran un desconocimiento mutuo. Vamos, señora Nichols, si quiere vengar a su hija, ayúdeme.

—¿Acaso cree que la culpable es alguna de las mujeres?

—No, pero si usted conoce a alguna, esa misma puede facilitarme algún detalle que usted no conoce. ¿Lo entiende ahora?

Pearl lanzó un enorme suspiro.

—Maud Cross —dijo.

—¿Joven?

—Treinta y seis. Viuda. Al menos, eso dice ella.

—Supongo que la conoció a través de la máscara.

—Y ella me reconoció a mí. Ayer me llamó por teléfono.

—Interesante. ¿Qué le dijo?

—Imagínese. Tenía un miedo espantoso.

—¿Puede indicarme dónde reside?

Pearl se levantó y escribió algo en la hoja superior de una agenda de notas. Después, arrancó la hoja y se la entregó al visitante.

—Gracias, señora —dijo Burnett—. Ah, una última pregunta, por favor.

—Claro, teniente.

—¿Cuáles eran las relaciones entre Ackers y la señora *Cross*?
Pearl soltó una risita.

—Ackers era un hombre insaciable —contestó—. Maud es otra de sus víctimas, otra tonta que creyó que un día llegaría a convertirse en la señora Ackers.

—Y se llevó un chasco.

—Sigue llamándose *Cross* —respondió la señora Nichols.

CAPÍTULO X

Burnett avanzó a lo largo del sendero central del jardín. Cuando había recorrido la mitad del camino, oyó una voz de mujer:

—¡Le estoy apuntando con una escopeta! ¡Si no se marcha inmediatamente, haré fuego!

Burnett respingó.

—¡Señora *Cross*, vengo en son de paz! —gritó—. Soy oficial de la policía...

—No le creo. Usted viene a asesinarme. Váyase inmediatamente o dispararé.

Burnett miró a derecha e izquierda. La casa estaba relativamente separada de las demás, por lo que los vecinos no escucharían las voces. Pero sí se oiría el estampido de la escopeta.

—Oiga, le digo la verdad —exclamó—. Déjeme avanzar sólo unos cuantos pasos y le tiraré mi billetera, para que examine los documentos. Tiene que creerme, señora *Cross*.

La mujer pareció flaquear.

—He leído los periódicos estos días y he oído las noticias de la radio y la televisión —manifestó—. Vamos, acérquese.

Burnett llegó a un par de metros de la entrada. Maud *Cross* se hallaba en una ventana contigua, cuyo bastidor estaba alzado. El cañón de la escopeta asomaba entre las cortinas de muselina.

—Lance su billetera.

Burnett suspiró. No era agradable estar encañonado por el arma que sostenían las manos de una mujer nerviosa y estallante de aprensiones. Al fin, Maud retiró el arma.

—Es cierto —dijo—. Puede entrar.

Ella misma abrió la puerta.

—Debe excusarme, teniente. Hace un montón de días que no

como ni duermo...

—Desde que asistió a una reunión, en la que se hizo un sorteo de la muerte.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Conozco personalmente a los Números 3, 5 y 9. Son mujeres y están vivas. Usted es el Número 6. Pero me falta el Número 7, otra mujer.

—Es Tracy Russell y se ha largado del país por una temporada. Dijo que se iba a Europa a hacer polvo los diez mil dólares que le habían tocado en suerte.

—¿En qué piensa gastar usted los suyos, señora?

—Renovaré totalmente el mobiliario y la decoración. Ya estoy cansada de ver siempre los mismos muebles. Sólo me quedará con un par de cuadros... Puede que también me compre un coche nuevo, no sé. ¿Tiene eso alguna importancia?

Burnett recorrió con la vista el interior de la casa. Estaba bien; Maud era una mujer acomodada. Pero...

—¿A qué se dedica usted, señora?

—A nada. Mi difunto esposo me dejó una bonita fortuna, buenos títulos y acciones. Rinden bastante al cabo del año.

—No está mal. ¿Por qué asistió usted a la reunión de la noche del día veintidós?

—Porque odiaba a Ackers.

—¿Y por qué lo odiaba?

—Me sacó un millón de dólares. Dijo que era para invertir... y lo convirtió en humo.

«Es probable, aunque también ella debió de dejarle el dinero porque se sentía enamorada de Ackers», pensó Burnett.

—Y no le devolvió nada —dijo.

—Unos cien mil. Dijo que el resto me lo devolvería muy pronto..., pero ya no volví a ver un solo centavo del dinero que le presté. Se lo reclamé infinidad de veces y él siempre dio largas al asunto, hasta que mi día se quitó la careta y me dijo que no sabía de qué le estaba hablando.

—Pero también estaba enamorada de él.

Maud hizo una mueca despectiva.

—Era un hombre y yo una mujer. Nos vimos unas cuantas veces en sitios discretos, pero yo me daba cuenta de que Ackers no quería

más que una cosa... justamente lo mismo que quería yo —añadió con una risita—. Cuando se acabó... el lío, no lo eché demasiado de menos. Pero ya me había birlado el millón.

—Y por eso aceptó tomar parte en el sorteo.

—Teniente, en el primer momento confieso que no sabía exactamente qué se pretendía de nosotros. Ajustar cuentas..., yo pensé que sería recobrar lo que habíamos perdido o algo por el estilo. Allí había cuatro hombres más, aparte del Número 1... Todos ellos habían tenido negocios con Ackers. En cuanto a las mujeres, bueno, usted ya debe de saber muchas cosas al respecto.

—Siga, señora *Cross*.

—Se hizo el sorteo y el Número 4 sacó la letra M.

—¿Habría aceptado usted cometer el asesinato, si le hubiese tocado en suerte?

Maud hizo un gesto ambiguo.

—No sé. A veces se dice: «A ese tipo le cortaría yo el cuello de muy buena gana», o algo por el estilo. Pero las cosas cambian cuando llega la ocasión...

—Había un cuarto de millón de premio —recordó Burnett.

—Una engañifa. Diez mil dólares y basta. De haberme tocado la letra M, y suponiendo que hubiese aceptado cometer el crimen, no sé si hubiera ido a recoger el premio. Mire lo que le pasó a Penlan, teniente.

Burnett asintió.

—Entonces, la Número 7 está fuera del país —dijo.

—Sí, sin duda alguna. Tracy me telefoneó desde el aeropuerto, cuando ya estaba a punto de abordar el avión.

—Ella también tenía motivos contra Ackers.

—Es muy hermosa. Su marido se encontró en apuros financieros en cierta ocasión. Pidió ayuda a Ackers y éste dijo que se lo pensaría. Luego buscó a Tracy y le dijo que ella tendría que ser el precio de la ayuda solicitada por su esposo.

—Por tanto, la señora Russell claudicó.

—Ackers era un canalla. Lo que hizo Tracy no sirvió de nada. Cedió, se sometió a las exigencias de Ackers... y a los dos meses, el esposo de Tracy, arruinado, se saltó la tapa de los sesos. Para ella fue un trance muy amargo que, afortunadamente, ha superado ya.

—Es curioso —dijo él, mientras se pellizcaba el labio inferior—.

De todas las personas que conocieron a Ackers, nunca ha pronunciado jamás el menor elogio.

—Es que no tenía nada que se le pudiera elogiar. Créame, teniente, todos nos hemos alegrado de su muerte.

—Entonces, ¿a quién temía usted?

Maud se mordió los labios:

—No sé quién lo hace, pero hay alguien empeñado en exterminar a cuantos estuvimos presentes en aquella reunión —contestó—. A veces pienso si no será el fantasma de Ackers, que ha vuelto del otro mundo para vengarse de nosotros. ¡Ese hombre era capaz de comprar al mismísimo diablo para que le permitiese volver a la Tierra durante una temporada!

Burnett no pudo por menos de sonreír al escuchar las pintorescas frases de la mujer. La muerte de Sonny Mavour, sin embargo, se había mantenido hasta el momento en secreto y los periódicos no habían mencionado nada sobre el particular.

—Lamaré para que le concedan protección policial, señora —dijo.

Maud sonrió.

—Que sea un agente joven y bien parecido —solicitó.

Burnett arqueó las cejas. Maud se llenó los pulmones de aire, con gesto provocativo.

—También yo soy joven y bien parecida —añadió.

—Sí, claro. Permítame, señora...

Burnett se acercó al teléfono y marcó un número. Después de hablar con su departamento, añadió:

—Que venga Rodolfo Valentino, Nellie.

—Bien, teniente —contestó la secretaria.

Burnett se volvió hacia la dueña de la casa.

—Le llamamos así, porque se parece muchísimo a Rodolfo Valentino. En realidad se llama Bud Marston, pero... es el tipo verdadero del latin-lover.

Los ojos de Maud resplandecieron.

—Teniente, puede estar seguro de que el agente Marston será tratado a cuerpo de rey —manifestó.

Burnett abandonó la casa, riendo interiormente. Marston era un cincuentón, ya abuelo, a punto de retirarse. Era un sujeto apacible y bonachón, aunque ello no le impedía ser duro cuando llegaba el

momento. Le gustaba ir siempre muy bien peinado, engomándose incluso el pelo. Alguien le había dicho que en eso se parecía a Rodolfo Valentino... y el apodo había hecho fortuna.

Desde el coche, a través de la radio, pidió también protección para Pearl Nichols. Tracy Russell estaba fuera del país y sólo quedaba Bonnie y Moira, ambas lo suficientemente seguras para no sentir temor alguno hacia su suerte.

* * *

—Es curioso —dijo Burnett aquella misma noche.

—¿Qué encuentras curioso, Dan? —preguntó Moira.

—Puede decirse que he hablado con todos los que intervinieron en aquel sorteo. Me refiero a los vivos, claro. Ninguno de ellos ha pronunciado la menor frase elogiosa para Ackers.

—¿Tenía ese hombre algo que se le pudiera elogiar?

—Moira, el más malo de los hombres siempre tiene un punto bueno, por muy pequeño que sea. ¿Es que no hizo en su vida una buena acción?

—Oh, sí, posiblemente le dio medio dólar a un pobre... hace veinticinco años —contestó ella sarcásticamente—. Pero, eso, ¿qué tiene que ver con el asunto que estamos tratando?

Burnett hizo un gesto con la cabeza.

—No sé... —dijo, dubitativo—. En alguna parte tiene que haber una persona agradecida a Ackers.

—Bien, supongamos que existe esa persona. ¿Qué sacarías con ello, Dan?

—Pues... eso, que no lo sé —sonrió él—. Pero quizá podría ayudarme en la investigación, ¿no te parece?

—Es decir, quieres buscarla para que te diga cosas que ignoras todavía.

—No, no es eso. Lo que yo trato de decir es que esa persona agradecida quizá esconda a Ackers.

—¡Oh! —exclamó Moira—. Ahora ya te comprendo. Pero ¿quién puede sentir gratitud hacia Ackers?

Burnett guardó silencio un momento. Luego se puso en pie.

—Estoy cansado —dijo—. Buenas noches, Moira.

—Buenas noches, Dan.

El teléfono sonó a la mañana siguiente, cuando estaban desayunando.

—¿Dan?

—Sí —contestó Burnett.

—Soy Sue. Tengo que verte sin falta.

—Sue, estoy muy ocupado...

—Es urgente. No dejes de esperarme a las doce en el lugar de costumbre. Por favor, Dan...

—De acuerdo. Iré, Sue.

Burnett colgó el teléfono. Moira le miraba socarronamente.

—Otra vez la doncellita, ¿eh? —comentó.

—Sí, pero ahora parecía muy preocupada —respondió él—. Debe de sucederle algo...

—Corre a salvarla de su apuro. Ensilla tu caballo blanco, ponte la armadura resplandeciente, embraza el escudo y enristra la lanza. No temas al fiero dragón; la cruz que hay en el escudo te protegerá de sus bocanadas de fuego.

—Eres muy sarcástica, Moira. Tal vez Sue tenga algo interesante que decirme.

—Oh, sí, claro, seguro, Dan.

—En todo caso, recuerda que soy mayor de edad y libre.

Ella movió la mano de una forma significativa.

—Mi bendición, Dan —dijo.

Burnett lanzó un bufido. Agarró el sombrero. La casa tembló cuando salía, a consecuencia del portazo.

Emily asomó por la puerta de la cocina, secándose las manos en el delantal.

—¿Qué le ha pasado a ese hombre? —preguntó.

—Nada, Emily —contestó Moira, con la risa en los ojos—. Está un poco enojado, eso es todo.

—A veces le pasa, cuando se halla metido en un caso de difícil solución. Bien, señorita, en cuanto haya terminado de arreglar la casa, yo me marcharé; es mi día libre y pienso comer con mi hermana en Sausalito.

—Oh, estupendo, no se preocupe por mí, Emily —dijo ella, con la vista fija en el coche que ya se despegaba de la acera.

CAPÍTULO XI

Sue entró en el automóvil, que arrancó de inmediato. Sin mirarla apenas, Burnett se dio cuenta de que la joven parecía muy agitada.

—Bueno, Sue, suéltalo ya —dijo.

—Ackers está vivo —exclamó la doncella.

Burnett procuró mantener la serenidad.

—¿Quién te ha contado semejante historia? —preguntó con tono despreocupado—. Lo mataron en plena vía pública...

—Sí, sí, eso es lo que dijeron los periódicos. Pero yo sé que no es verdad.

—Muy bien, alguna razón tendrás para creerlo. ¿Por qué no hablas claro, Sue?

—Ackers contrató a un actor para que se disfrazase como él. Vi al tipo una vez en casa. La señora estaba ausente. Ackers y el actor hablaron del asunto y yo escuché en parte la conversación. Pero entonces pensé, que el señor Ackers tenía que hacer un importante viaje de negocios y que quería dejar a alguien en su puesto durante algunos días... Ya sabes, uno de esos negocios secretos, de millones...

—Sue, eso debiste habérmelo dicho ya el primer día.

—Oh, es que entonces creí que no tendría importancia. Los hombres de negocios, en ocasiones, se comportan de una forma un tanto extraña... aunque si te he de decir la verdad, el señor Ackers fue siempre muy bueno para mí. Dicen que tenía muchísimos defectos, que era un vampiro, que hubiese sido capaz de dejar sin su vaca a una pobre viuda... Bueno, creo que eso es algo que dice la Biblia...

—Sí, eso creo yo también, Sue.

—El caso es que conmigo se portó maravillosamente. Cuando mi

madre se puso gravísima, que los médicos no daban un centavo por su vida, él costeó todos los gastos... ¡Y cuidado que la factura ponía los pelos de punta! Pues él no sólo no regateó un dólar, sino que, además, le costeó tres meses de convalecencia en uno de los mejores hoteles de Monterrey. Dime tú si esto no es para estarle agradecido, Dan.

«Ya ha salido la persona que no le odia, sino que, por el contrario, le aprecia», pensó el joven, mientras recordaba la conversación de la víspera con Moira.

—Es posible que sea cierto, Sue —dijo—. Pero me gustaría que me contestases con toda franqueza a una pregunta. Tú ya sabes que Ackers era un hombre, aunque maduro, con mucho éxito con las mujeres...

—Oh, sí, desde luego. Pero conmigo se portó siempre correctísimamente, como un caballero de los pies a la cabeza. Aquello que hizo por mi madre fue absolutamente desinteresado y jamás me hizo la menor insinuación. Todo un caballero, Dan —insistió la joven.

«Hasta el más empedernido criminal tiene alguien que le aprecia», se dijo Burnett.

—Sue, ¿dónde está ahora el señor Ackers?

—En su casa, secuestrado.

Burnett respingó.

—¡Sue!

—Hablo en serio, Dan.

—Muy bien. Has llegado a averiguar que vive. Ahora dices que está secuestrado. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—La comida —respondió ella.

—¿La... comida?

—Sí. Ryan se sirve siempre una ración espantosa. Y su plato queda siempre limpio. Dan, yo le he visto comer muchas veces, he servido en el comedor ininidad de ocasiones... Ryan comía menos que un perrito pekinés. ¿De dónde demonios le ha salido ahora ese apetito pantagruélico?

Burnett se echó a reír.

—Oye, ¿dónde has oído esa frase? —preguntó.

—La leí en una novela policíaca... Pero come el doble o quizá más...

Burnett arrimó el coche a la acera.

—Creo que tienes razón —dijo—. Debí haberme fijado en ese detalle hace días, cuando me lo dijiste por primera vez. ¿Hay en la casa algún sitio donde se pueda tener secuestrado a un hombre?

—El desván —contestó Sue sin vacilar.

—¿Seguro?

—La puerta está cerrada con llave... que no encuentro desde hace días. Además, ayer vi todas las ventanas cerradas y tapadas con cortinas. No me había fijado en el detalle, hasta que empecé a pensar en la posibilidad de que el señor Ackers estuviese con vida. Allí lo tienen, Dan.

—¿Quiénes?

—Su esposa y el abogado.

Burnett reflexionó unos segundos.

—El abogado —murmuró.

—En efecto. Lo tienen secuestrado..., aunque no me imagino los motivos —manifestó la doncella.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Burnett hizo una pregunta:

—Sue, ¿está Ryan en casa?

—No, no ha ido hoy, aunque supongo que acudirá más tarde. Pero hace cosa de media hora estuvo hablando con la señora Ackers.

—¿Escuchaste algo?

—Sí, aunque no me pareció importante... —Sue le guiñó un ojo—. Yo levanté el otro teléfono en cuanto oí sonar el de ella en su despacho. Fue una conversación muy breve. No entendí lo que decían, aunque me pareció una dirección... El mencionó el Número 5.

Las manos de Burnett se crisparon sobre el volante.

—Has dicho el Número 5, Sue.

—Sí, eso mismo. No me equivoco, Dan, te lo juro...

Burnett dio el contacto de nuevo. Luego puso el farol intermitente sobre el techo y arrancó, a la vez que conectaba la sirena.

—¡Dan! ¡Dime, por favor! —gritó ella, alarmadísima—. ¿Por qué tienes que hacer esto?

—Tengo que darme prisa, mucha prisa —contestó él, mientras

sorteaba el intenso tráfico—. Porque si no llegamos a tiempo... el asesino habrá cometido un nuevo crimen.

* * *

La señora Franks se había ido ya y Moira estaba sola. Aburrida, dio una vuelta por el jardín, pero luego volvió a entrar en la casa. Eligió un libro, sentándose en un butacón, aunque su mente estaba muy lejos de las páginas impresas.

Le preocupaba el enigma que Burnett no había logrado todavía resolver. Pero también le preocupaba el hecho de que el joven fuese a salir ahora con una mujer joven y bonita. Harto comprendía que Burnett no acudía a la cita por pura diversión..., pero el hecho de que se tratase de una acción incluida en las investigaciones, no lograba disipar sus aprensiones.

De pronto, llamaron a la puerta.

Moira se puso en pie y miró por la ventana más próxima. Frente a la puerta había un hombre todavía joven, de aspecto distinguido, con el sombrero ya en la mano.

Intrigada, abrió. El hombre sonrió.

—¿Señorita Hool?

—Sí, yo misma...

—Soy el abogado Ryan. Sin duda, el teniente Burnett le habrá hablado de mí.

—En efecto, abogado. ¿Quiere pasar?

—Con mucho susto. Perdone la molestia, señorita Hool...

—No se preocupe —sonrió ella—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, muchas gracias. Disculpe las molestias..., pero soy el abogado de la señora Ackers.

—Sí, me lo ha dicho el teniente. ¿Y bien?

—Verá, como abogado de la señora Ackers, me veo obligado a ejecutar el testamento del difunto. Después de su muerte, naturalmente, tuvimos que abrirlo y... en él se encontró una manda para usted de diez mil dólares.

Moira se irguió:

—Lo siento, pero no puedo aceptar ese dinero —manifestó.

—Pero... ¿por qué, señorita? Es perfectamente legal...

—Tengo mi orgullo, eso es todo.

—Señorita Hool, déjeme que hable. Creo que podré convencerla de que debe aceptar esa suma. Perdón, antes dije que no quería beber... ¿Podría darme una taza de café?

—Eso no se le niega nunca a nadie —sonrió ella—. Aguarde un momento, por favor.

Moira se encaminó a la cocina, profundamente pensativa. ¿Por qué tenía que venir ahora el abogado a ofrecerle diez mil dólares, legados por Ackers en su testamento?

¿Acaso ignoraba que Ackers seguía aún con vida?

Ciertamente, el hecho no había sido divulgado. Muy pocos conocían que el cadáver enterrado bajo la identidad de Ackers pertenecía, en realidad, a un actor de teatro llamado Sonny Mavour.

De pronto, pensó en el paquete que debía haber contenido cien billetes de a cien dólares y que no tenía más que recortes de periódicos. Y, ¿cómo había llegado a saber Ryan que ella se hospedaba momentáneamente en casa de Burnett?

Un helado escalofrío recorrió su espalda. De súbito, presintió que Ryan era el asesino.

Alargó la mano y apagó el fuego instintivamente. El agua apenas si había tenido tiempo de calentarse.

En el mismo momento, sintió un jadeo a su espalda.

Volvióse en redondo, con la cafetera en la mano. Un litro de agua fue a parar a la cara de Ryan, cegándole momentáneamente.

Moira vio una cuerda en las manos del abogado. Aún tenía la cafetera en la mano y le golpeó en la frente, haciéndole trastabillar.

Ryan blasfemó horriblemente. Moira no había oído jamás tan atroces palabrotas. Pero el asesino empezaba a recobrarse.

De pronto, Moira recordó algo que le había contado Burnett. Bonnie Pence había conseguido librarse del acoso de Ackers de una forma muy especial.

Ella también hizo lo mismo. Ryan emitió un rugido inhumano y cayó de espaldas, con los pies por alto, convulsionándose epilépticamente. Moira ya no se entretuvo en seguir mirando; abrió la puerta posterior y escapó a todo correr.

El coche se detuvo con tremendo chirrido de frenos, mientras que el alarido de la sirena se extinguía rápidamente. Burnett saltó del vehículo y corrió hacia la casa.

Abrió de un empujón. Sue corría tras él.

—¡Moira! —gritó el joven.

Nadie contestó. En el interior de la casa había un silencio abrumador.

Burnett sacó la pistola. La puerta de la cocina estaba abierta de par en par.

Avanzó lentamente. Había agua en el suelo. También vio la cafetera tirada en un rincón.

La puerta posterior estaba también abierta. Burnett salió al jardín.

Empezó a sospechar lo peor. Ryan había estado allí y Moira había sido secuestrada.

Ya no volvería a verla con vida. Algo parecido a una punzada traspasó su pecho.

Nunca olvidaría a Moira. La echaría de menos siempre...

De súbito, al otro lado de un espeso seto, se irguió una figura.

—¡Dan!

—¡Moira!

Ella saltó el seto y corrió hacia el joven, colgándose de su cuello.

—Oh, Dan... Ha estado aquí... Quiso asesinarme... —sollozó.

—¿Ryan?

—Sí. Dijo...

—No importa lo que dijo, ya me lo contarás luego.

¿Escapó?

—Hace cinco minutos... Yo pude derribarla... Me escondí en el seto y él huyó...

Burnett se volvió hacia su acompañante.

—Sue, atiéndela —dijo—. Yo voy a buscar al asesino.

—Pero no sabes dónde puede estar —alegó Sue.

—¿No eres capaz de imaginártelo?

Burnett se metió corriendo en la casa y la cruzó en cuatro zancadas. Entró en el coche y lanzó una llamada por radio.

—Rodeen el edificio, pero no se dejen ver por el momento. No utilicen las sirenas —concluyó.

Sin embargo, él conectó la sirena de su coche, hasta hallarse a

unos mil metros de distancia de la residencia de Ackers. A juzgar por la diferencia de tiempos y teniendo en cuenta que el abogado se habría visto obligado a respetar las limitaciones del tránsito, calculó que llegaría escasamente un par de minutos antes que él mismo.

No era una gran diferencia, aunque sí podía representar la que separaba a Ackers de la vida o de la muerte.

CAPÍTULO XII

Sí, las ventanas del ático, sobresaliendo en buhardilla del tejado a dos aguas, estaban tapadas con gruesas cortinas. Pero ¿qué utilidad podía tener el secuestro de Ackers?

Avanzó cautelosamente hacia el edificio. Nadie parecía haberse dado cuenta de su llegada.

Puso la mano en el pomo y lo hizo girar. La casa estaba silenciosa.

Asomó la cabeza. El vestíbulo se veía desierto.

Paso a paso, se acercó al despacho. También estaba vacío. ¿Se había equivocado al creer que Ryan podía haber vuelto a la casa?

De pronto, vio abierta una caja fuerte empotrada en la pared.

Ryan había vuelto en busca de dinero para conseguir una huida más eficaz. Ahora era necesario saber si se había llevado consigo a su cómplice, Nancy Ackers.

De pronto, sonaron voces en el piso superior.

—Vamos, estúpida, date prisa.

—Pero, Bruce, la policía no sabe nada aún...

—He fallado con Moira Hool. ¿Cuánto crees que tardará en avisar a su amigo el teniente Burnett?

—Sí, creo que tienes razón... pero ¿qué vas a hacer tú ahora?

—Tienes muy poca imaginación, Nancy. No podemos marcharnos y dejar atrás un testigo que puede enviarnos a la cámara de gas.

—Bruce, no, basta ya, por el amor de Dios... Déjalo, ya lo encontrarán; a fin de cuentas, ya tenemos lo que queríamos...

—Nuestro pellejo no está aún seguro, estúpida.

—¡Bruce! —gritó ella repentinamente.

Burnett subía paso a paso, procurando evitar hacer el menor

ruido delator. De pronto, oyó un vivo forcejeo.

Ryan juraba obscenamente. Nancy chillaba. Una silla cayó con gran estrépito.

Bruscamente, se oyó un estampido.

Nancy aulló como una bestia herida. Sonaron pasos precipitados.

Burnett echó a correr. Cuando alcanzaba el remate de la escalera, divisó la figura de un hombre que se disponía a entrar por una puerta situada al fondo del corredor.

—¡Ryan! —gritó Burnett.

El abogado se volvió y disparó dos veces. Burnett saltó hacia atrás, a fin de parapetarse tras la esquina.

—No cometa más tonterías, Ryan, entréguese —gritó Burnett.

Sonó un horrible juramento.

—Venga a buscarme, maldito polizonte.

—La casa está rodeada. No podrá escapar —advirtió Burnett.

Ryan disparó de nuevo. Burnett adivinó que había perdido la cabeza.

—Abogado, salga con las manos en alto. No intente resistir más. Está perdido.

—Burnett, maldito sea...

—No me maldiga a mí, sino a su ambición. Ha cometido demasiados crímenes...

—¡Fue idea de Ackers!

—¿De veras?

—¡Sí! El ideó todo.

—Pero usted se aprovechó del plan.

Ryan soltó una demencial carcajada.

—Sus empresas no marchan demasiado bien y ya no puede enderezar el rumbo torcido. Claro que todavía le quedaba bastante dinero...

—Y usted ha aprovechado el tiempo para reunir fondos.

—Es usted listo, teniente. ¿Sabe cuánto he conseguido reunir?

—Dígamelo, Ryan.

—¡Seiscientos mil dólares! ¿Qué le parece?

—Una bonita fortuna. Yo me retiraré antes de que haya llegado a cobrar tanto, por todos los sueldos.

—Oiga, teniente, le propongo un trato. Voy a darle la mitad...

—¡Ryan! ¿Por quién me ha tomado usted?

Burnett oyó una imprecación a media voz. Era evidente que Ryan no se atrevía a subir al ático, por temor a que le cortasen la retirada.

—Ryan, ¿por qué cometió todos esos crímenes...? —preguntó Burnett.

—Está claro, ¿no?

—Para mí, no, se lo aseguro. Soy tan tonto, que ni siquiera sospeché de usted el día en que nos vimos por primera vez. Usted se delató entonces.

—¿Cómo, teniente?

—Habló de una reunión celebrada a las once de la noche. ¿Cómo podía conocer el detalle... si no era porque fue usted mismo quien la presidió, en la casa que la señora Ackers no quería vender y en donde apareció enterrado el cuerpo del Número 8?

—Ah, lo han encontrado.

—Sí. También sabemos que no fue Ackers quien murió asesinado por el Número 4. La idea de contratar a Mavour fue suya, indudablemente, pero usted y su amante, la señora Ackers, se aprovecharon de un plan magníficamente tramado. Peno no entiendo por qué lo secuestraron...

—Hombre, Ackers tenía que firmar. Un actor de teatro podía hacerse pasar por él, pero la firma de una persona es inimitable. Usted debiera saberlo mejor que nadie, teniente.

—Bien, sí, es cierto; la firma debía ser legítima. Pero ¿por qué cometer esos asesinatos?

—¿Aún sigue sin comprenderlo? Ackers debía aparecer como el asesino. A fin de cuentas, tenía cuentas pendientes con sus víctimas.

—No es un plan muy inteligente, Ryan. Primero simulan la muerte de Ackers y luego lo secuestran. El asunto se hubiera descubierto de un modo u otro.

—Sí, tal vez, pero nosotros ya estaríamos muy lejos. Teníamos todo preparado: otra identidad, nuevos pasaportes...

—Me parece que Ackers no eligió bien cuando le hizo su abogado. No es usted un tipo lo que se dice particularmente brillante.

Ryan soltó una risotada.

—Me eligió su esposa, tonto —contestó—. A ella no le importaba la inteligencia, sino otra cosa.

—Ya entiendo. Pero hay algo que me resulta incomprensible.

—Diga, teniente.

—¿De quién fue la idea de repartir el dinero? Porque aquella célebre noche se repartieron nada menos que ochenta mil dólares.

—Bueno, Ackers parecía que empezaba a sentir remordimientos de conciencia. Pero al mismo tiempo que quería desaparecer, deseaba también compensar a Jas personas a quienes más duramente había ofendido.

—Y usted accedió a entregar esa suma...

—No importaba demasiado. Ello, además, confiaba a los reunidos y estimulaba a uno de ellos a que ejecutase la sentencia contra Ackers.

—Hubo una persona que recibió solamente recortes de periódico.

—Oh, sí, me enteré después. Fue esa tonta de Nancy... Ella ayudó a preparar los paquetes..., pero se quedó con diez mil dólares para sus trapitos. Me lo dijo más tarde, cuando ya no había remedio.

—De todos modos, el asesinato de Moira Hool era algo incongruente —objetó Burnett.

—Bien, debía ser el último de la lista, con el fin de espolearle a usted y acumular así odio contra Ackers. Pero no entiendo cómo llegó a conocer lo del secuestro.

—Ryan, a usted se le había desatado de repente un apetito fenomenal.

—¡Oh! ¿Quién se lo dijo?

—Sue Liggeth. Usted pedía doble ración de comida, para poder mantener vivo a Ackers.

—Esa maldita chismosa...

De repente, se oyó un agudo grito de mujer.

—¡Bruce!

Burnett se volvió. Nancy Ackers estaba de pie, en la puerta del dormitorio, con el pecho lleno de sangre y una pistola en la mano.

—¡Nancy, no, no! —chilló Ryan.

Burnett dio un salto hacia adelante, pero llegó tarde. Nancy disparó hasta agotar la carga. Luego, de pronto, giró en redondo y cayó de espaldas, con los brazos extendidos, consumidas sus últimas fuerzas en aquel gesto.

Mowrer y otros agentes irrumpieron en la casa. Burnett corrió hacia la escalera que daba al ático. Junto al primer peldaño, Ryan yacía hecho un ovillo. A su lado había un gran bolso de viaje, muy pesado.

—Creo que está muerto —dijo Burnett—. Llamen a un médico.

—Bien, señor.

Burnett subió al ático. La puerta estaba cerrada con llave, pero la hizo saltar de un formidable puntapié.

Encendió la luz. Ackers, pálido, demacrado, con barba de muchos días, le miró inquisitivamente.

Los pies de Ackers estaban unidos por una cadena, sujeta, a su vez, a la pared. Al lado había una mesa con restos de comida y un camastro.

Detrás de Burnett aparecieron dos hombres de uniforme.

—Bien, parece que han llegado a tiempo —dijo Ackers.

—Sí, pero no se alegre demasiado.

—¿Por qué? Yo no he cometido ningún crimen. Todo lo hizo Ryan...

—Señor Ackers, el que contrató a Mavour fue usted. Podemos probarlo y, aunque no cometiese el crimen con su propia mano, resulta obvio que el contrato estaba destinado a hacer morir a un inocente.

Los hombros de Ackers se hundieron.

—Saldré adelante.

—Sí, seguro. Los tipos como usted tienen suerte. Pero la gente decente le mirará con desprecio. En fin, lo que pase de aquí en adelante no es cosa mía.

Burnett hizo un gesto con la mano. Los dos agentes se adelantaron.

—Ryan debe tener la llave de los grilletes —indicó Ackers.

Uno de los policías retrocedió. A los pocos momentos, Ackers descendía al primer piso.

Una sábana cubría ya el cuerpo de su esposa. Ackers la contempló fríamente.

—Se dejó seducir por Ryan —comentó.

—Usted logró hacerse odioso a todo el mundo, incluso a su propia esposa. No se queje de algo de lo que sólo usted es responsable —dijo Burnett.

Ackers se alejó, flanqueado por dos agentes de uniforme. Burnett respiró aliviado.

Lo que restaba era cuestión de rutina, pensó. Aún podría irse de vacaciones.

* * *

—¿Sólo? —preguntó Moira dos días después, cuando Burnett hubo terminado el papeleo inevitable.

—No tengo quien me acompañe...

—Pídeselo a Sue.

—No. Precisamente en estos momentos, está hablando con Ackers.

—Vaya —se asombró Moira.

—Ackers pasará un tiempo en la cárcel. Sospecho que Sue le aguardará.

—Quién lo dijera. Resulta increíble, Dan.

—Creo recordar que hace algunas noches te dije que en alguna parte debía de haber una persona agradecida a Ackers.

—¿Sue?

—Sí.

—Es muy bonita, Dan.

—Ackers cuenta con el agradecimiento de Sue. —Burnett explicó todo lo que ella le había contado y añadió—: Por otra parte. Sue no es tan tonta como se pueda pensar. Anda ya por los treinta años y Ackers es un cuarentón bien conservado. Confío en que Sue le lleve por el buen sendero, cuando salga de la cárcel.

—¿Lo crees así?

—¿Por qué no? Quizá lo que ha ocurrido haga cambiar a Ackers. Y Sue, por otra parte, es más enérgica de lo que parece a simple vista. Le hará ir derecho, créelo.

Moira sonrió.

—Bueno, también el peor forajido tiene derecho a que se confíe en su regeneración —dijo.

—Sí, por supuesto. Pero estábamos hablando de mis vacaciones. Me has preguntado si iba a marcharme solo.

—Y no me has dado todavía ninguna respuesta.

—¿Quieres acompañarme?

Moira le miró fijamente.

—Dan, ya sabes lo que sucedió hace tiempo...

Burnett la atrajo hacia su pecho.

—Te ayudaré a olvidarlo —dijo—. Pero no es de buen tono que un oficial de la policía se marche con una chica bonita... sin cumplir antes con ciertos requisitos. Por ejemplo, una boda. ¿Qué te parece?

Moira suspiró largamente.

—Maravilloso —contestó.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.